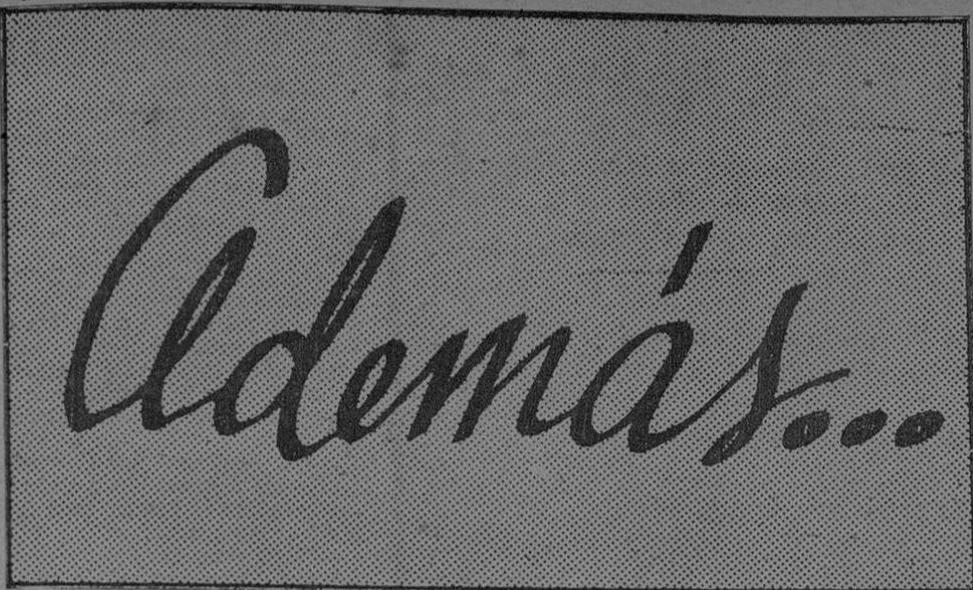


- \* Los maestros de la literatura policial: EL ASESINO CUENTA EL CUENTO (Novela completa) por Troyan Japrysh.
- \* TIERRA (Poema), por Julia Prilutzky Farny.
- \* SEIS POEMAS NEGROS NORTEAMERICANOS, por Jorge Carrera Andrade.
- \* LA LEYENDA DEL PRINCIPE, por Modesto Martínez.
- \* Tradiciones costarricenses: DON VENTURA ESPINACH, por Gonzalo Chacón Trejos.
- \* EL MAR, EMPORIO DE RIQUEZAS, por Gerald Wendt.
- \* ANECDOTARIO NACIONAL, por Carlos Fernández Mora.
- \* Los libros y los días: EL CIRCULO VICIOSO DE SARTRE, por Ramón Sender.
- \* CARTAS DE LUZ DEL ALBA.

San José, Costa Rica, 18 de Julio de 1954

Nº 106



# El Asesino Cuenta el Cuento

Por TROYAN JAPRYSH

**P**ERCIVAL Garden estaba muy contento. La temporada de verano del "Avon" había sido un éxito clamoroso. En realidad, la idea había sido de Sirius Blessington, que hacía ya tiempo que venía insistiendo en aquello de organizar una temporada dedicada exclusivamente al género policial. Claro que Blessington era novelista policial y no podía extrañar que tratara de extender su radio de acción, pero la verdad es que había acertado de lleno. Por supuesto, la obra había sido suya; una pieza muy bien armada, ingeniosa, con el misterio y el "suspense" debidamente dosificados, con un planteamiento inteligente, un desarrollo apasionante y un desenlace satisfactorio, sin ser brillante. Pero es casi imposible obtener desenlaces brillantes en el género policial, sobre todo cuando las cosas se han complicado mucho.

Percival Garden estaba muy contento, Jaque a la dama había sido un éxito total y él había conseguido dos cosas: llenar el "Avon" como en las mejores temporadas de invierno— la season— y hacer que "el gran" Rigel Downing estuviera satisfecho de haber accedido a "hacer teatro policial". La batalla fue difícil, pero Downing terminó por consentir...

—Lo hago por Francine— había dicho con aquel su afectado tono lánguido que tanto gustaba a la cazuela—. Es mi mejor homenaje a su juventud y a sus grandes condiciones de actriz...

Porque en aquella temporada de Jaque a la dama, Francine La Belle— la joven primera actriz que surgía en el firmamento teatral de la mano de Rigel Downing— había integrado por primera vez en su corta carrera artística lo que se llama "el cartel estelar". Y Francine La Belle había triunfado.

Nadie había dudado en el ambiente teatral que Rigel Downing, que había descubierto a Francine en un desfile de modelos y que la había guiado con paso firme y afectuosa dedicación hasta el estrellato, estuviera enamorado de ella. Francine La Belle era "obra" de Rigel Downing, casi tan rigurosamente como si fuera su hija. Y ésta fue la aguda explicación que dieron algunos cuando estalló la noticia del noviazgo de Francine con el crítico Parish Guilford.

Percival Garden estaba muy

contento. Tenía una nueva "estrella" y la crítica asegurada en uno de los diarios de mayor circulación e influencia: "El Espectador". Además, Rigel Downing parecía encantado con el noviazgo de su protegida. No sólo alentaba a la joven pareja, sino que había contratado a Francine como primera figura absoluta para la próxima temporada oficial. ¡Qué Julieta haría Francine!...

Percival Garden estaba muy contento. Tanto, que había invitado a cenar en "El Cisne que canta" a Rigel Downing, Francine La Belle, Parish Guilford, Sirius Blessington y su mujer, Carole. Carole Blessington había sido novia de Rigel Downing durante bastante tiempo, y nadie supo nunca por qué habían roto su compromiso. Ahí había un pequeño misterio, pero Percival Garden no temió ni por un instante que ello pudiera nublar la reunión.

"También vendía Silvena, que está enamorada de Downing, y eso compensará la cosa", pensó un tanto caprichosamente, y se quedó muy tranquilo.

Silvena era la hija de Garden, y estaba realmente, muy enamorada de Rigel Downing. Tan enamorada como puede estarlo una jovencita de un galán maduro detenido en perenne Don Juan; sobre todo, cuando la jovencita

es un poco tonta. Como todas las jovencitas.

Pero Rigel Downing estaba enamorado de Francine La Belle.

## II

Ya habían terminado de comer. El coñac que Percival Garden hizo llevar a la mesa fue, quizá, lo que precipitó la conversación. Estaban todos bastante animados; el coñac pareció acabar de desatarlos. Percival Garden había observado con un dejo de aprensión el encuentro de Carole Blessington con Rigel Downing... Cambiaron una larga mirada y luego se estrecharon cordialmente las manos.

—Encantado de verte, Carole— dijo Downing—. Luces muy guapa...

—Siempre me gustará encontrarte— repuso ella—. Estás igual.

Sirius Blessington frunció un poco las cejas, y no hubo más. La cosa empezó con el coñac. Quizás habían bebido demasiado champaña; tal vez a Parish Guilford no acabó de gustarle la manera como Blessington miraba de cuando en cuando a Francine... Pero la cosa empezó cuando el camarero acabó de calentar las copas de coñac.

—Estoy de acuerdo en que Jaque a la dama ha sido un gran éxito— dijo Guilford voluble-

mente—, pero, en realidad, el mérito no es de la obra, sino de sus intérpretes.

Rigel Downing sonrió finamente.

—Es que los verdaderos autores somos los actores— expresó luego entornando los ojos, con su conocido gesto de fumador que se deja poseer por el humo.

Silvena Garden lo contempló. —Por supuesto— acordó con entusiasmo—. Su papel de detective lo creó usted mucho más de lo que Blessington pudo imaginar. Era verdaderamente usted, y no el personaje, quien vivía en escena.

—Bueno— terció Garden, a punto de alarmarse—. Siempre ocurre así con los grandes actores, pero la verdad es que si ellos viven en escena más que el simple personaje que creó el autor, es porque el personaje vive en ellos.

—Eso es— apoyó Carole—. El éxito de un "tipo depende de la compenetración del actor con su personaje.

—Lo que demuestra que todo depende del actor— concluyó Guilford—. El asunto de Jaque a la dama es ingenioso, no puedo negarlo, pero es arbitrario...

—Lógico de toda lógica— arguyó Blessington—. Todo está ordenado a un fin, y el fin a que llega autoriza todos los medios empleados... Los personajes reciben tarjetas con jugadas de ajedrez, y cuando la jugada supone la captura de alguna pieza muere la persona identificada con esa pieza...

—Conozco la obra— repuso Guilford con cierta sonrisa irónica—. No sólo utilizo mi entrada de crítico; generalmente, veo la función hasta el final.

—¿Y no aprueba usted esa idea de las dos familias enemigas asimiladas a los valores y características de las "blancas" y las "negras"?— inquirió el autor policial, acaso herido en su vanidad personal.

Guilford demoró su respuesta. —Sí; apruebo la idea— replicó al cabo—. Lo que no apruebo es la manera de desarrollarla...

—Seguramente se le ha ocurrido a usted una mejor...

—Sí, señor. —Ah, vamos...! ¡El señor crítico tiene su inevitable obra bajo el brazo!— Se volvió a Garden. —Prepárese usted, Percival... El joven Guilford ha escrito una comedia especial para la nueva estrella Francine La Belle— Y se encaró nueva-



mente con su contendor.—¿No es eso...?

—¿Y por qué no habría de ser eso...? —preguntó Downing con calculada indiferencia—. Me consta que Parish tiene muy buenas ideas... También los críticos pueden contar el cuento alguna vez. ¿No le parece?

Percival Garden carraspeó. Aquello era algo que él no tenía previsto. Tenía que pensar muy bien si le convendría o no.

—¿Haría usted en el "Avon" una obra de Guilford?— inquirió luego con deferente tono profesional.

—Si Francine quiere y usted no se opone.—contestó Downing, dedicando a la actriz una guiñada de simpatía—. Ya sabe usted que me gusta estimular a los jóvenes.

Hubo un instante de silencio cuajado de mutuas miradas inquisitivas.

—No creo que Blessington pueda sentirse lesionado por ello —añadió el primer actor encendiendo despaciosamente un cigarrillo.

—Desde luego que no —se apresuró a decir el aludido—. Sólo que...

Ante aquella breve interrogación de Francine, formulada con una inflexión de voz que participaba de la curiosidad y la dulzura, Blessington pareció desconcertado.

—Nada— murmuró apurando su copa de un trago.

Carole contempló sucesivamente a Downing, a Francine y a Guilford.

—No pierda usted su ocasión —le dijo al crítico con oportuna amabilidad—. Le escuchamos... ¿Verdad, Percival?

El empresario volvió a carraspear.

—Naturalmente. Parish Guilford pareció consultar con la mirada a Francine. Pero fue Downing quien le decidió.

—Adelante,— muchacho. ¡A ver ese cuento.

El crítico de "El Espectador" enrojeció levemente.

—No lo tome usted a mal, Blessington— comenzó—; pero tengo mis ideas sobre el género policial...

—Es usted muy dueño— respondió el otro.

—Bien. Yo creo que el verdadero "autor" de una historia policial no es otro que el asesino. Los novelistas, en general, juegan un poco a lo tahir...

Blessington levantó vivamente la cabeza, pero no contestó.

—Por favor, no lo tome como alusión personal— se apresuró a aclarar Guilford— ...Quiero decir que juegan con cartas marcadas en el sentido de que siempre saben lo que va a ocurrir, y le sirven el plato en bandeja de oro a un detective brillante que, en la vida real, no sería capaz de averiguar ni la edad de la sos pechosa damita de ojos violetas que se beneficia con la muerte de su cruel madrastra...

—Rigel es capaz de averiguar hasta la edad de la madrastra —lo interrumpió Silvena Garden, agresiva.

—¡Cállate! —le ordenó su padre, fastidiado, en tanto Downing dedicaba a la chica una sonrisa de agradecida comprensión.

—Hay algo que nunca he podido explicarme en las novelas policiales— prosiguió Guilford—, y es por qué el asesino no mata nunca al superdotado detective aficionado que, inevitablemente, ha de descubrirlo al final.

—Porque se acabaría la novela —replicó Blessington con no disimulado desprecio.

—No, señor —contestó vivamente el crítico—. La novela se termina cuando descubren al ase-

sino. El protagonista no es el detective, sino el asesino... Que es quien, en realidad, conduce la acción; quien cuenta el cuento. Suprima usted al detective, y no pasará nada; suprima usted al asesino, y se queda sin novela...

—De acuerdo— dijo Downing inesperadamente—. El detective, en el fondo, no es más que una especie de cicerone que va guiando al lector por el laberinto de la trama...

—¿De veras? —preguntó Silvena fascinada.

—Sí, querida. En el espíritu del género, el asesino representa al autor y el detective al lector. ¿Es eso lo que usted quiere decir, Parish?...

—Exactamente.

—Admitámoslo —concedió Blessington con leve sarcasmo—. Pero ¿cuál es su cuento? Me imagino que, después de lo que acaba usted de decir, será usted el propio asesino de su cuento...

Parish Guilford envolvió al autor en una extraña mirada.

—Por supuesto— afirmó luego—. Un asesino que cometerá el único crimen perfecto posible: el asesinato de un desconocido. Al asesino se lo descubre siempre por sus conexiones con su víctima; si no tiene ninguna, si no es posible establecer la menor relación entre ambos, su impunidad está garantizada.

Sirius Blessington lanzó una carcajada.

—¡Perfecto! —exclamó—. Eso equivale a decir que presentará

# TIERRA

*Este es el patrio suelo que no indago.  
La prometida tierra perdurable,  
la bien plantada siempre, insobornable  
frente al alto destino o al aciago.*

*Berilo en Tucumán, ocre en Santiago...  
Y mi pasión se extiende inexorable  
de la atónita puna miserable  
al azul de aquel mar y de este lago.*

*Esta es la patria mía, la esperada  
y oscura y augural tierra sagrada:  
sólo aquí mi raíz penetra el suelo.*

*Y aunque no es el lugar donde he nacido,  
otra patria, Señor, no he conocido.  
Ni quiero conocer, antes del Cielo.*

*Estaba en el comienzo. En todo sueño,  
la imagen del solar despedazado.  
Y era una mezcla impune del llorado  
recuerdo y de las lágrimas sin ceño.*

*Era en el tiempo alerta del trasueño  
y era también el del laurel sagrado.  
Amargo frutecer, clamor airado  
sobre el perdido encanto lugareño.*

*Y vuelve a estar, al fin de este camino,  
mientras mi corazón de peregrino  
termina de soñar y se consume,*

*la misma patria fiel donde reposa  
aquella que se abrió como una rosa  
para darle a mi tierra su perfume.*

JULIA PRILUTZKY FARNY

blico; un cuento en que el lector "vea" cómo el autor dibuja y pinta el cuadro que luego recortará a modo de puzzle...

—¡Eso es lo que Parish quiere decir! —exclamó Francine con aire de triunfo—. El novelista policial primero hace el puzzle, luego mezcla las piezas recortadas y se lo da al lector para que lo arme...

—¡Sí, señor! —ratificó Guilford con énfasis—. En realidad, yo voy a contar mi cuento a medida que lo vaya escribiendo; es decir, viviendo... El lector será testigo de la lucha entre el asesino y la policía, pero desde dentro del cuento...

—Que empezará por el asesinato de un desconocido ¿verdad?... —recordó Downing en tono francamente aprobador.

—Naturalmente. Rigel Downing posó la mirada en Sirius Blessington.

"Esto es cosa hecha", se dijo luego con íntima satisfacción.

—Bueno —admitió Percival Garden, al parecer no muy convencido—. Pero no olvide usted que al público le gustan mucho los detectives aficionados. Ya ha visto usted el éxito del personaje que hizo Rigel en Jaque a la dama...

—Tendrá usted su detective aficionado —prometió Guilford sonriendo—. Pero no me apartaré de mis ideas sobre el género...

—¿Vaya usted a matarlo? —preguntó Blessington, sinceramente escandalizado.

—En cuanto sea un peligro para el asesino, desde luego.

—Entonces Rigel no podrá hacer ese papel —opuso Silvena impetuosamente.

—No te lo tomes tan a pecho, Silvena— advirtió Carole con una sonrisa enigmática—. Rigel ha muerto muchas veces en escena, y ahí lo tienes...

### III

Francine y Guilford había salido a bailar. Mientras Silvena miraba fijamente a Downing —que fumaba distraidamente—, como si pretendiera transmitirle su invisible deseo de que la sacara a bailar a ella, y Garden parecía abandonado a profundas reflexiones, Blessington cuchicheaba animadamente con su mujer.

—Escuchen— dijo en voz alto al cabo de un momento.

Todos se volvieron hacia él. —Se me ha ocurrido una idea. La he discutido con Carole y está de acuerdo conmigo. Creo que Guilford merece una lección...

"Ya llegamos", pensó Downing, complacido. "Lo conozco bien a este imbécil".

—¿Una lección... —repitió Garden, inquisitivo.

—Sí; una lección— le aseguró el autor—. No será más que una broma, pero veremos cómo se las arregla para sacarse de encima el cadáver de su precioso desconocido; Le daremos su crimen perfecto!

"Listo", se dijo Downing al tiempo que enarcaba las cejas en un gesto de condescendiente atención. "El gran Rigel no se equivoca nunca".

¿Qué quiere usted decir? —demandó Garden, perplejo—. ¿Qué es eso de darle su crimen perfecto?... ¿No habrá bebido usted más de la cuenta?

—No, Percival— rió Blessington—. Guilford ha dicho que escribirá un drama policial en el que el asesino contará su cuento, ¿no?...

—Sí; en eso hemos quedado. —Y q' empezará matando a un desconocido, ¿verdad?... Pues yo propongo que salgamos a buscar a un vagabundo cualquiera, le ofrezcamos unos billetes de los gordos

para que se haga el muerto, y lo metamos muy bonitamente en el departamento de Guilford... ¡Verán ustedes cómo sale chillando!... ¡Ya nos vamos a reír un rato!

"Magnífico! Mejor de lo que yo esperaba", pensó Downing con regocijo.

—Me opongo — anunció luego con firmeza—. Es una locura. Esas cosas nunca terminan bien.

—¡Vamos, Downing! —le reconvinó Blessington—. No se haga usted el rígido. ¿Qué puede ocurrir?..."

—Puede ocurrir cualquier cosa. Que el vagabundo quiera robarle...

—No seas tontito, Rigel — le reprendió Carole afectuosamente, poniéndole la mano en el brazo—. Elegiremos un vagabundo respetable...

Silvena, que había acogido la idea con indudable alborozo, torció el gesto al ver la mano de Carole apoyada en el brazo de Downing.

—¿Tiene miedo de caerse? — le preguntó con beligerancia.

—No, querida — repuso la otra con no menos intención—. Tengo miedo de que te caigas tú...

—¿De qué están hablando? — demandó el empresario, que no estuvo en la cosa—. ¿Qué dice usted, Rigel?... A mí no me parece mal. Es una buena broma, ¿verdad? Claro que lo mejor sería que se caracterizara usted de vagabundo... Lo hace usted tan estupendamente!

"A ver si este idiota lo echa todo a perder", reflexionó Downing, sonriendo finamente al halago.

—No; me niego rotundamente a participar en esa broma insensata — resolvió rubricando su frase con enérgico ademán.

Tiene razón — afirmó Silvena—. Rigel no tiene por qué exponerse a nada... A lo mejor Guilford se asusta y lo ataca...

—¿A eso le llamas lo mejor, querida? — inquirió él con su más sugestivo acento.

—Sí... Bueno, ¡no! — se confundió la chica—. Digo que debe ser un vagabundo contratado y que merezca confianza.

—Llevan ya bailando varias piezas — advirtió Blessington—. Pueden volver en cualquier momento. Debemos resolverlo pronto.

—Realmente, ¿conocen ustedes algún vagabundo respetable?... — indagó Downing con ironía—. ¿Alguien que esté esperando, por aquí cerca, que vayan ustedes a contratarlo?..."

"¡Vamos, Carole; no puedes fallarle!", pensó mirándola distraídamente. "¿No lo recuerdas?..."

Carole Blessington se mordió los labios un momento, y luego hizo chasquear súbitamente los dedos.

—¡Ya lo tengo! — gritó—. ¡El "duque de la Plaza"!... Debe de estar aquí, a dos cuadras...

Downing la miró con festiva admiración.

"¡Gracias, Carole...!"

¡Claro, hombre!... — exclamó Blessington—. ¡El hombre para el cargo! Fino, honrado, servicial... Un caballero vagabundo, eso es.

—¿Quién es ese "duque de la Plaza"? — quiso saber Garden, que no acababa de enterarse.

—Un vagabundo famoso — le informó Carole —, que anda vestido de levita y sombrero de copa... Está un poco chiflado, el pobre hombre; pero es un amable viejecito, muy limpio, amigo de los pájaros...

—¿Y querrá hacer de cadáver? — siguió preguntando Garden—. Los vagabundos suelen ser muy supersticiosos...

—Vamos, papá!... — se quejó Silvena—. ¿Cómo se te ocurren esas cosas?... ¿No viene usted, Rigel? Va a ser una broma muy diverti-

da...

—Bueno... ¿Y cómo nos despedimos de Francine y Guilford? — planteó Blessington—. ¿Nos despide usted, Rigel?..."

—Sí, Ya que se empeñan ustedes en llevar adelante esa idea demente — les dijo —, yo los despediré. Por lo demás, ahí vienen...

Los Garden y los Blessington salieron precipitadamente.

—¿Adónde van éstos? — inquirió Francine con un gesto de asombro.

—No sé — replicó Downing—. Creo que Blessington quiere leerle una obra al viejo Garden...

IV

El "duque de la Plaza" era, en efecto, un amable viejecito que se dejó convencer casi en seguida.

—Yo sé que los señores no me pedirán que haga nada malo — dijo con su educado acento—. Porque Clarence Oliver y Pyke — se golpeó el pecho con ademán patricio — no ha cometido en su larga vida una sola mala acción. He vivido mucho, he aprendido más... Los estudiantes suelen consultarme problemas de sus estudios; nunca les he cobrado más que lo justo. ¿Qué me ofrecen los señores?..."

—Queremos hacerle una broma a un amigo — comenzó Carole con su tono más seductor—. ¿Nos ayudará usted?... — siguió, mostrándole un billete de a cien...

Clarence Oliver Pyke parpadeó, como encandilado.

—No hay nada que cueste eso — afirmó luego, desencantado.

—Sí, Si quiere usted venir con nosotros y hacer de muerto en casa de un amigo nuestro (un excelente muchacho, por supuesto), se lo habrá ganado de veras...

—¿Hacer de muerto?... — se maravilló el vagabundo—. ¿Clarence Oliver Pyke haciendo de muerto?..."

—Nada más que eso — terció Blessington—. Sube usted con nosotros, se tiende en el suelo, le manchamos la camisa de tinta roja, le clavamos un cuchillo de utilería en el pecho, y nos vamos. Espera usted a que llegue nuestro amigo, ve usted cómo echa a correr y mañana nos lo cuenta...

—Y le damos otro billete — pro metió Carole, entusiasmada.

—¿Y una camisa nueva?..."

—Y una camisa nueva; si señor — se comprometió Silvena.

—¿Y si ese excelente muchacho, por supuesto, no se asusta y en lugar de echar a correr, llama a la policía?..."

—Le explica usted la broma.

—Bien. Le explico la broma Pero ¿y si el distinguido caballero comete la imperdonable torpeza de no creer en la palabra de Clarence Oliver Pyke?..."

—Entonces duerme usted en la comisaría, que es mucho más abrigada que la plaza, nos avisa mañana por la mañana, y le pagamos una indemnización por daño moral — terció Percival Garden, que había simpatizado instantáneamente con el "duque" — Además, le daré a usted trabajo en el teatro, si lo hace usted bien.

—Perfectamente, señores. Clarence Oliver Pyke lo hace todo bien. Ha sabido vivir de muy distintas maneras; sabrá morir en escena como si fuera el mismo Rigel Downing, "el Grande".

—¿Conoce usted a Downing? — se asombró Garden.

—Sí, señor. Fui pefe de su clan que hasta que me dió vergüenza cobrar por aplaudirle.

—Pues yo soy su empresario.

—¿Sí?... Pues me debe usted millones, caballero.

—Bueno; después arreglan cuentas — se rió Blessington—. Ahora vamos, que se hace tarde.

V

Cuando Rigel Downing subió por la escalera de incendios de la casa de departamentos donde vivía Parish Guilford, y miró a través de la ventana de su piso, el viejo Clarence Oliver Pyke, el "duque de la Plaza", estaba tendido en el recibidor, con un "cuchillo" clavado en el pecho, en medio de un charco de "sangre"...

Rigel Downing esperó tranquilamente.

Parish Guilford había acompañado a Francine La Belle hasta su casa, después de dejar a Downing en la suya, había tomado una última copa con su novia, y de los labios de su novia, y se dirigía tranquilamente a su departamento, alegre y feliz. Quizá tuviera encima una o dos copas de superávit; pero su gozoso buen humor era profundo, casi ontológico. Estaba enamorado hasta sus raíces y se sentía correspondido desde las mismas raíces de su amada. Además, tenía el apoyo de Rigel Downing y esperaba poder consagrarse pronto como autor. Tenía el amor de Francine; le esperaban la fama y la fortuna... y rompió a silbar: "Cuando no me querías — es que no eras túuu..."

Cuando Parish Guilford abrió la puerta de su departamento, la vida era para él una ancha perspectiva color de rosa. De pronto, se le enrojeció la vista...

Se quedó clavado en el suelo; incapaz de dar un solo paso en ninguna dirección. Estaba delante de un cadáver. ¿Cómo era posible?..."

"Estoy borracho, claro. Veo visiones. No puede ser... No tomé tanto. Ahora empezaré a ver vampiros y ratones..."

Se balanceaba sobre sus pies. "Es un cadáver, sí... ¿Cómo llegó hasta aquí? Alguien lo ha matado, claro...". Sacudió ferozmente la cabeza. "Por supuesto, yo no he sido..." Se pasó la mano por los ojos. Volvió a abrirlos. "Lo sigo viendo. Sí; está ahí..."

Desde detrás de los visillos entreabiertos, Rigel Downing contemplaba friamente la escena

"Se ha llevado una buena impresión", se dijo. "Pero ya no echará a correr..."

Guilford había vuelto a cerrar y abrir los ojos. "Todavía está. Sin duda, es un cadáver..." No conseguía apartar la vista de aquella forma humana tendida en el suelo en medio de aquella mancha roja... "Si pudiera ir hasta el baño..." Y pudo. Empezó a andar casi nor-

malmente hacia el cuarto de baño. Entró. Cuando salió, venía con las manos en la recién refrescada cabeza...

Se acercó al cadáver. "Veamos esto. No lo conozco..." Y de pronto ahogó un grito. ¡El cadáver de un desconocido! Estoy en mi casa con un asesinado desconocido... Este es el problema". Se inclinó sobre el "muerto"... "¡Hum!..." Mojó el dedo en la mancha roja... "¡Esto es tinta colorada! Y el cuchillo...". Lo tomó. "¡De utilería". Le abrió los ojos al "cadáver", y el "cadáver" parpadeó. Guilford se incorporó instantáneamente y le dió una buena patada al "muerto" en su región más carnosa.

—¡Vamos! ¡Arriba; viejo sinvergüenza! — le dijo—. Así que éste es su método para entrar a robar en los departamentos, ¿no?..."

Clarence Oliver Pyke se había puesto de pie. Estaba aterrado.

—No le falta a usted ingenio, no. ¡Claro; uno viene de la calle medio alegrillo, abre la puerta, se encuentra el cadáver de un desconocido en medio del recibidor, y aprieta a correr por donde ha venido!... ¿Verdad?... ¡Precioso, hombre!... Pero esta vez le ha fallado a usted.

Rigel Downing seguía con interés la extraña situación Y cuando el anciano consiguió hablar, una extraña sonrisa dilató los finos labios exangües del actor.

—¡Por favor, caballero! Le ruego que me atienda usted. Esto no ha sido más que una broma, ¿sabe usted?..."

—¿Una broma?... — se indignó Guilford—. ¿Se atreve usted a hablar de bromas todavía? Ahora mismo llamo a la policía y lo entrego..."

—Vea, usted, caballero... Mire usted que Clarence Oliver Pyke no ha mentado en su vida; Clarence Oliver Pyke y George Washington, señor mío... Que ha sido todo cosa de unos señores amigos de usted, que han querido gastarle una broma... Y me dijeron que era usted un excelente muchacho, por supuesto, y me presté a la broma, creyendo que no pasaría nada. Ahora, si quiere usted llamar a la policía...

—Claro que quiero llamar a la policía. ¿Me toma usted por tonto? ¿Qué idea loca es ésa de la broma de unos amigos míos?... ¿Qué amigos?..."

—Pues, verá usted, caballero. Dos señores muy finos y dos señoritas guapas... Me conocen, por lo visto. Hasta por el título; ¿sa

**Ofrecemos esta Semana**  
los siguientes  
**LIBROS de INTERES**  
a precios especiales



Nuevas Normas de Prosodia y Ortografía de la Real Academia Española ... \$ 4.  
Diccionario Español Etimológico del Siglo XX. Vocabulario Completo del Diccionario de la Real Academia Española ... 10.  
T. Reca. Personalidad y Conducta del Niño 6.25  
H. Morton, EL CARDENAL. (Historia de un Sacerdote Americano de nuestro tiempo) ... 8.50  
T. Merton. La Montaña de los siete círculos 12.75

**LIBRERIA LOPEZ**  
Teléfono 3345 — Frente Hotel Costa Rica

be usted? Porque yo soy duque, si usted no lo toma a mal: "el duque de la Plaza..."

Parish Guilford miró al pobre viejo de arriba abajo, y meneó la cabeza.

—O es usted un pilla de siete suelas, o está más loco que una cabra escocesa. De cualquier modo, llamaré a la policía...

—Como usted quiera. A mí me da igual. Me pagarán la indemnización.

Guilford se encogió de hombros y entró en su despacho a hablar por teléfono. Clarence Oliver Pyke se decidió a esperar tranquilamente, cuando oyó unos golpes en la ventana. Miró hacia ella y su cara se inundó de alegría.

En su despacho, Guilford no acababa de conseguir la comunicación.

El "duque de la Plaza" se dirigió ágil y silenciosamente a la ventana tras cuyos cristales veía la amistosa expresión de su viejo amigo y protector Rigel Downing, "el Grande"... El actor le hizo señas de que alzara los vidrios. El vagabundo obedeció en seguida y sacó la cara...

—Mi querido señor...

Una certera puñalada en el pecho le cortó la palabra y la vida. Downing empujó el cuerpo hacia adentro y huyó.

En su despacho, Guilford no acababa de conseguir la comunicación.

"Será la hora; pero debería haber telefonista toda la noche". Le conectaron en el preciso momento en que oyó el ruido del cuerpo y corrió al recibidor. "Se escapó..."

Pero no había corrido cuatro pasos cuando se detuvo en seco.

—¡No! —gritó—. ¡No puede ser!...

Durante una pequeñísima fracción de segundo creyó que había vuelto la pesadilla de hacía un rato. Pero ahora estaba seguro de sus sentidos. Se arrojó casi sobre el cadáver...

—Está muerto —murmuró alelado—. Con un puñal clavado en el pecho. Muerto! ¡Asesinado! ¡En mi casa!...

De repente, un pensamiento que se le antojó atroz casi lo derribó.

"¡Y yo llamando a la policía!"

Trató de serenarse. Estaba frente a un misterio alucinante; pero estaba también frente al cadáver de un vagabundo desconocido...

¿Crearía la policía la verdad si se resolvía a contarla?...

—¡Hum!... No me van a creer como mucho, me creerán que le maté porque entró a robar... Pero ¿de una puñalada?...

Empezó a pasearse por el recibidor, con las manos a la espalda.

—Reflexionemos... —Y se detuvo de pronto—. ¿Qué es esto?...

Porque había algo en el suelo que atrajo invariablemente su atención. Lo contempló, hechizado; y un escalofrío le recorrió la médula.

—¡La fosforera de "El Cisne que canta"! ¡El pobre hombre me estaba diciendo la verdad!... Vino aquí con... ¿Con quién?...

Me dijo "dos señores muy finos y dos señoritas muy guapas"... Los Garden y los Blessington, sin duda... Pero ¿y por qué la broma?...

Se contestó a sí mismo con un grito que fue un tremendo alarido prolongado en el silencio de la noche expectante.

—¡Mi cuento!... —exclamó luego—. ¡El cuento que voy a contar empezando por la muerte de un desconocido! La broma era ponerme un falso cadáver por el medio, ¡pero a este pobre infeliz lo apuñalaron mientras yo pedía la comunicación!... ¡El asesino estaba escondido aquí; es evidente!... ¿Por qué?...

Y no conseguía darse una respuesta.

—Tengo que desembarazarme de este cadáver— se dijo—. Lo mataron en casa dentro de casa... La alfombra está manchada de sangre... Los Blessington dirán que el hombre estaba vivo cuando lo dejaron aquí. Y los Garden también por supuesto. No puedo confiar en nadie. A Francine no la puedo complicar en esto. A Downing... ¿Cómo podría convencerlo de que no lo maté yo? Tal vez más adelante pueda decirle algo... Por ahora tengo que arreglarme solo...

Parish Guilford tomó dos pesadas balas del cañón que tenía en su despacho y las bajó a su coche. Luego bajó el cuerpo de Clarence Oliver Pyke, al que iba hablando como si estuviera borracho perdido... Pero no tuvo necesidad de fingir. No encontró a nadie en el camino. Ni en el ascensor ni al salir de la casa, ni al subir al coche, ni al llegar al río... Y allí, en el río, fue fondeado, con dos antiaguas balas de cañón atadas una a los pies y otra al cuello, el cuerpo de Clarence Oliver Pyke, el amable y fino vagabundo, el "duque de la plaza"...

Aquella noche Parish Guilford se acostó casi al amanecer.

## VI

Parish Guilford, crítico teatral de "El Espectador", dormía pesadamente cuando lo despertó el timbre del teléfono que tenía en la mesa de luz. De primera intención, no comprendió de qué se trataba... Tenía la cabeza llena de niebla, de una niebla espesa que lo envolvía... Volvió a oír el timbre del teléfono.

"El teléfono", consiguió pensar y estiró la mano hacia él. Consiguió articular un "¡hola!" tartajoso, y casi volvió a quedarse dormido, pero se enderezó súbitamente, repentinamente despejado, al oír aquellas palabras que, siendo tan espantosamente terribles, eran, quizá, más inesperadas todavía...

—Que le conste que lo vi matar a un vagabundo en su casa de una puñalada en el corazón... Le va a costar mucho dinero que me calle... Si quiere que me calle...

Guilford creyó enloquecer.

—¡No!... —gritó.

—¿No?... —dijo la voz con sarcástica inflexión.

—Sí, ¡Sí!... ¿Cuánto?

—Cincuenta mil... para que no sepa la policía.

Guilford se sintió morir.

—¿Cincuenta mil?... No tengo tanto dinero. ¡No lo tendré nunca!...

—Le doy una semana de plazo. Y lo llamaré todos los días para recordárselo... ¡Tiene usted tantos y tan buenos amigos!... ¿No tiene usted amigos ricos?...

—El dinero de mis amigos no es mi dinero —gimió Guilford.

—¿No?... Entonces no son sus amigos. Una semana. Siete días. Mañana serán seis... Pasado, cinco... ¡Recuérdelo!

Y la comunicación se cortó. Rigel Downing sonreía al colgar el tubo.

Parish Guilford se arrojó de la cama.

—Tengo una semana para encontrarlo —murmuró—. ¡Tengo que encontrarlo! Y cuando lo encuentre, ¡tendré que matarlo!

Se miró en el espejo la cara cansada y barbuda.

—He empezado el cuento. ¡Maldición; me lo han empezado!...

Y arrojó la brocha contra el espejo, que saltó en fragmentos. Casi se puso a llorar sentado en la bañera. Se mordía los puños de desesperación.

—¡La muerte de un desconocido! ¡El crimen perfecto! ¡Jal...

Y me llama al día siguiente un chantajista... Pero, ¿quién será el bastardo?... ¡Blessington! ¡Blessington! ¡Lo mataré por esto! ¡Lo mataré!...

Y se perdió en una catarata de nerviosas carcajadas.

## VII

El saloncillo del "Avon" no estaba muy concurrido aquella siesta. Percival y Silvena Garden y Sirius y Carole Blessington estaban sentados tranquilamente cuando entró Rigel Downing...

—¿Ha llegado Francine? —preguntó él.

—No— se apresuró a contestar Silvena—. Y Guilford tampoco.

—¿No hubo noticias de él? —¿Cómo acabó la insensata broma del "cadáver desconocido"?

—No sabemos nada —contestó Carole—. No lo hemos visto...

—Ahí viene— anunció Blessington, dándole un codazo a Garden—. A quedarnos todos muy serios...

Parish Guilford entró con un aire de fatiga que daba lástima.

—¿No está Francine? —preguntó, dejándose caer en una silla.

—No ha llegado aún— le respondió Downing amablemente—. ¿Qué le pasa? ¿No ha dormido esta noche?...

Todas las miradas se fijaron en él.

—No. He estado trabajando en el cuento— replicó con casi insolente veracidad.

"No le falta aplomo a este niño", pensó Downing, dedicando a Guilford un ademán de estímulo.

—Así me gusta —aplaudió luego—. No hay que perder nunca un día.

Sirius Blessington se moría de curiosidad.

—¿Y qué?... ¿Ya encontró usted su "cadáver desconocido"?

—Principio quieren las cosas— se evadió Guilford.

Si Blessington se moría de curiosidad, Carole reventaba...

—¿Llegó usted muy tarde a su casa, ayer?... Nosotros lamentamos mucho haber salido tan de prisa. Nos llamaron por teléfono para leer una obra de Bless... Hubiéramos querido despedirnos mejor...

—¿Sí?... ¿Y llegaron ustedes a tiempo?...

—Sí. Muy a tiempo.

—¡Ah! ¿Y qué tal la obra?...

Si Blessington se moría de curiosidad y Carole reventaba, Percival Garden estaba a punto de apoplejía.

—¡Caramba, Parish!... No nos dice usted nada...

—Ya les diré cuando tenga el cuento listo...

—No hablo del cuento, ¡qué diablos! Hablo de anoche.

—¿Añoche?... ¿Qué pasó añoche?...

—Vamos, hombre... No se haga de nuevas. ¿No encontró usted nada en su casa añoche?...

Parish Guilford pareció reflexionar un momento.

—Sí; ahora que usted insiste, recuerdo que encontré algo añoche... Pero no tiene ninguna importancia...

—¿Qué encontró? —preguntaron cuatro voces a un tiempo.

—La alfombra del recibidor manchada de tinta colorada —repuso el crítico tranquilo.

—¿Nada más? —demandó Blessington bruscamente.

—Nada más. ¿Por qué? ¿Tenía que haber encontrado algo más?...

Los Garden y los Blessington cambiaron sendas miradas de decepción.

—Ese viejo pícaro se fué con el dinero y no cumplió su parte —se quedó Percival Garden con alguna imprudencia.

Sirius Blessington le hacía furiosas señas de que se callara. Pero ya era tarde.

—¿Qué viejo pícaro y qué dinero? —inquirió Guilford, muy asombrado, al parecer.

"No te faltan nervios; pero ya se te irán gastando", pensó Downing al tiempo que le ofrecía un cigarrillo.

—Será mejor que se lo confiesen todo —expresó luego con acento de reprensión amable—. Que conste que yo me opuse, Parish; pero, por suerte, no pasó nada malo...

—No puedo creer que el "duque de la Plaza" se haya marchado con el dinero —opinó Blessington, bastante molesto, después que hubo reconocido, ante el glacial desdén de Guilford, la paternidad de la broma del "cadáver desconocido"...

—De modo que esa es la idea que usted tiene del humor, ¿verdad? —comentó el crítico sobriamente—. La verdad, le suponía a usted algo más ocurrente.

—Perdónenos, Parish —le pidió Carole con su irresistible sonrisa.— No lo hicimos por mal. Lo peor de nuestra falta de gracia ha sido no haberle tomado a usted en serio cuando habló de su cuento... ¿No quiere perdonarnos?...

—Sí, que quiere —la apoyó Silvena.

—Olvidenlo —contestó Guilford estrechando la mano a Carole y palmeando en el hombro a Silvena.— ¿Amigos?...

—Bueno; me alegro que todo termine amistosamente —dijo Downing.

Blessington parecía preocupado.

—Ustedes dispensen mi insistencia, pero, al menos para mí, esto no terminará hasta que hablemos con el "duque"...

—A ese "duque" no vuelve usted a verle el pelo —le anunció Garden.— Se hizo humo con los cien del ala...

—Absurdo —opuso Blessington.— ¿Cuando le esperaban otros cien con sólo quedarse quieto?...

Además, el "duque" es honrado.

—¿Qué piensa usted, autor de novelas y dramas policíales? —le preguntó Downing, reticente.— ¿Secuestro, quizá?...

—No sé... —vaciló Blessington.— Pero si el "duque" no aparece esta noche por sus lugares habituales yo creo que debemos avisar a la policía... Quizá lo siguió algún otro vagabundo que oyó nuestra conversación, para robarle el dinero...

—¿Y cuándo se lo robó?

—No se me ocurre... A lo mejor consiguió entrar en la casa por la escalera de incendios.

Parish Guilford contuvo a duras penas un sobresalto.

"La escalera de incendios!..."

Por allí había entrado el asesino. Y Blessington lo sabía.

El propio Blessington lo distrajo de sus pensamientos.

—Dígame Guilford, a más de la mancha de tinta ¿no notó usted nada anormal en su casa? ¿No le falta a usted nada?...

Guilford tuvo que morderse para no traicionarse. Y enrojeció ante la idea de que lo hubieran notado. Estuvo a punto de decir "¡las balas!" Pero aquello hubiera equivalido casi a confesarlo todo.

¿Quién se iba a llevar aquellas balas enormes? ¿Para qué podían servir, sino para fondear un cadáver?... Y contestó:

—Sí, es curioso. Ahora que usted me lo pregunta directamente, recuerdo que faltaba el reloj Imperio del recibidor...

"Esta misma noche lo tiraré al río..."

Downing miró cuidadosamente a Guilford.

—"Conque el reloj Imperio ¿eh?..."

—Pues ya le va a costar a usted trabajo encontrar ese reloj Imperio comentó Blessington volublemente.

—¿Trabajo sólo? —demandó Guilford perdiendo la calma—. ¿O también dinero?...

—Puede que también dinero... —concedió el autor con un gesto de perplejidad.

—¡Es él! Está fingiendo, el condenado; pero ¡es él! Mañana me fijaré bien en la voz..."

—¿No quiere usted que hablemos del cuento? —preguntó Downing al crítico, sobresaltándolo casi.— Me gustaría que discutiéramos el personaje del detective... Aunque sea para matarlo.

VIII

Al atardecer, Guilford llegó a casa de Francine. Estaba deshecho. La conversación con Downing acerca del cuento había sido una tortura inenarrable... Todo le recordaba aquella noche de pesadilla, y aquella amenaza que pesaba sobre su cabeza. Tenía una semana para matar a Blessington. Sí; sin duda: ¡era Blessington! Y tenía que matarlo. "Matarlo. Matarlo. Matarlo. Matarlo. Todo se le volvía un continuo pensamiento: "Matar a Blessington." No se había atrevido a decirle nada a Downing, pero estaba maravillado de la sagacidad con que éste comprendía sus problemas y lo iba orientando hacia la mejor solución. Sí; aquello del detective aficionado había sido realmente prodigioso, casi providencial...

—Creo que su cuento necesita el ingrediente literario (puramente literario, por supuesto) del detective aficionado culto, exacto, casi infalible... Un hombre así como Ulysse Patek...

Y cuando oyó nombrar al célebrimo detective suizo, Guilford sintió —lo sintió dentro de su sangre— q' tenía q' hablar con Patek. Era el hombre que podía darle una salida; el hombre que podía demostrar, con minuciosa exactitud, la inocencia de Guilford... Claro que había fondeado el cadáver del "duque", pero Patek lo comprendería, y en cuanto desenmascarara al culpable, eso no tendría importancia.

—Aunque luego, fiel a sus teorías, resuelva usted matar al detective, cuando se torne peligroso para el asesino que cuenta su cuento...

¿Y si Ulysse Patek se equivocaba y llegaba a la conclusión de que el asesino del "duque" había sido el propio Guilford?... ¿Y si rechazaba, por el inverosímil —¿no lo era?— aquella llamada del chantajista misterioso, de Blessington?... Tendría que matar también a Patek...

—Claro que para que introduzca usted el detective aficionado primero tiene que haberse cometido un asesinato; un asesinato con estado público de asesinato...

¡Dios, cuánta razón tenía Downing! No existía ningún asesinato con estado público de asesinato... El asesino del "duque" había hablado de "puñalada en el corazón" —la que había dado él, ¡mal dito!—, pero no había dicho una palabra del río... Y Blessington había mencionado la escalera de incendios, pero no había dicho una palabra sobre el río... Y él no se le había encontrado con nadie. ¡No le habían seguido; ¡No le habían seguido!

"Blessington no está tan fuerte", se dijo. "Si no sabe dónde está el cadáver no puede hacerme nada".

—Debe usted eludir los chantajistas —le había dicho Down-

ing—, pues nó es un recurso de los más elevados. Pero si llega usted a necesitar incluir uno en su cuento, no olvide que son, prácticamente, invencibles. Sólo se los derrota matándolos...

¿Y si no puede probar lo que pretende explotar? —inquirió Guilford casi temblando.

—En primer lugar, pueden probarlo casi siempre... En segundo, si el extorsionado tiene complejo de culpa, alcanza que lo denuncien para destruirlo... Se en trega solo... No lo olvide.

Y Parish Guilford se había dado destrozado, deshecho. Me tiene en su manos", se dijo Tendré que matarlo".

Y en aquel estado de ánimo llegó a casa de Francine La Belle cuando caía la tarde. Se había echado en sus brazos y había llorado de rabia y desesperación. Naturalmente, tuvo que contárselo todo.

—Debiste llamarme, fuera la hora que fuere —le reprochó ella al tiempo que le alcanzaba un buen vaso de ron y una pastilla sedante—. A mí o a Rigel... Creo que has hecho un disparate arrojando el cadáver al río... ¡Parish, ¿cómo pudiste hacer eso?...

Guilford creyó ver una sombra de sospecha en la mirada de su novia, y casi se le cayó la cabeza de los hombros.

—¡Francine! —gimió—. Si tú no me crees, ¿qué puedo ya esperar de nadie?...

—Te creo, Parish... Te creo. Sé que no has sido tú. Pero me cuesta mucho creer que haya sido Blessington...

—¿Tiene que haber sido él?... —¿Por qué? Lo mismo que Garden.

—No creerás que Garden... —No. Pero tampoco lo creo de Blessington...

—El ha dicho cosas que sólo el asesino puede saber... La mención de la escalera de incendios, por ejemplo.

—Creo que eso se le puede ocurrir a cualquiera que piense en cómo entrar en la casa sin llave... ¿No te parece?

—No sé qué hacer... —Habla con Rigel... —¿Lo crees un hombre tan no table?...

—Es maravilloso. Lo sabe todo. Siempre tiene una solución para todo. Además, ¡es tan hermosamente masculino!

Guilford sintió que se le encogía el corazón.

—¡Francine! ¿Estás enamorada de Downing?...

Ella rió sonoramente.

—¡Tonto! —le dijo—. Si estuviera enamorada de Downing no estaría comprometida contigo. Rigel es un hombre muy notable, pero yo estoy enamorada de ti, que no eres tan notable como él.

El amor tiene métodos de selección, Parish... A él lo admiro, y le debo toda mi carrera. Le estoy agradecida desde lo más profundo de mi corazón. A ti te quiero, y te debo todo mi futuro. Espero en ti desde lo más profundo de mi ser. ¿Entiendes? Rigel me ha guiado como si fuera mi padre, y le quiero como si lo fuera en realidad.

IX

Rigel Downing iba en su coche acompañado por Sirius Blessington, que había ido a buscarlo a su casa.

Me preocupa Guilford, Rigel —le había dicho—. Hay en su relato algo que no funciona.

—A mí también me lo parece. ¿Quiere usted que vayamos a

verlo a su casa?

—Bueno. Pero primero quiero avisarle a Carole...

¡Caramba! ¿No puede usted dar un paseo sin que ella se entere? —se burló el actor— No suponía que se dejara usted manejar así...

Blessington entornó los ojos.

—No me maneja, Downing... Es que no quiere que me espere sin necesidad...

—Vamos hombre... Un poco de independencia... Puede usted avisarle desde casa de Guilford.

Y así se llevó Downing a Blessington al departamento donde éste había metido "el cadáver del desconocido"...

Nadie salió a abrirles.

—No debe de estar —opinó Blessington, nervioso—. Podemos volver después... O hablarle por teléfono...

—¿No decía usted que le parece que hay algo en su relato que no funciona?...

—Sí.

—¿Y qué dice usted que es?...

—El reloj Imperio.

Downing miró a su compañero con admiración ostensible.

—¡Hombre! ¡Lo felicito! Veo que es usted verdaderamente profesional...

—¿También usted pensó en eso? —demandó Blessington, íntimamente halagado.

—Por supuesto, y me parece una ocasión excelente para comprobarlo. ¿Entramos?...

—¿Cómo? —preguntó el novelista policial, perplejo.

—Así —contestó el primer actor, sacando una llave del bolsillo y abriendo la puerta.

—¡Demonios, Downing!... Tiene usted unos procedimientos bastante irregulares...

—Sí...

Y los dos se detuvieron frente al pesado reloj Imperio que había sobre el tablero de la chimenea.

—¡Ahí lo tiene usted! —señaló el actor sonriendo maliciosamente—. ¿Por qué habrá mentido Guilford?...

Blessington estaba inquieto.

—¡Por Dios, Downing!... ¿Cree usted que Guilford empezó a contar su cuento en forma autobiográfica?... ¡Es una idea espantosa!... ¡Pobre "duque"!...

—Pasemos al dormitorio, quizá encontremos algo más...

Y cuando Blessington le volvió la espalda, Downing empujó el reloj de bronce por la base... Anduvieron así cuatro o cinco pasos...

En el momento que el novelista se volvía para decirle algo, el primer actor le descargó un golpe feroz en la cabeza, destrozándole el cráneo. Luego arrastró el cadáver hasta la cama, lo metió en ella sentado con aquella expresión de asombro infinito pintada en el semblante del infortunado novelista.

"Bueno" se dijo Downing con templando la escena como un director exigente. "El toque final." Y le puso el reloj entre los brazos.

X

Parish Guilford había salido muy confortado de la casa de su novia donde se había quedado a comer. Aquella noche se acostaría temprano y al día siguiente hablaría con Downing.

Entró en el departamento, pero algo atrajo inmediatamente su atención. No tanto algo, como la falta de algo...

—¡El reloj! —dijo entre dientes—. Ha estado aquí y se ha llevado el reloj... Ahora me tiene de veras en sus garras...

Y se dirigió lentamente al dormitorio con un pensamiento hege-

mónico: "Tengo que matarlo... Tengo que matarlo... Tengo que matarlo..."

Cuando descubrió el cadáver de Sirius Blessington en su cama, no pudo asimilarlo. Se desmayó casi instantáneamente. Cuando volvió en sí, creyó que se volvía loco allí mismo, sin remisión.

—¡Es horrible! No era Blessington... A él también lo han asesinado. ¿Quién es, Señor?... ¿Quién puede ser?" Y un nombre inevitable le vino a las mientes: Garden.

Pensó en llamar a Francine y en deshacerse, otra vez, del cadáver que le endosaban. Llamó a Francine.

Francine La belle era una mujer fuerte, por lo visto; porque resistió con notable entereza la terrible noticia.

—¡Es atroz! ¡Parish!... Debes avisar a la policía...

—No me atrevo. Soy el único sospechoso posible. No tengo escapatoria. Prefiero suicidarme...

—¡Parish...! —Gritó ella— ¿Estás en tu juicio?...

—Me temo que ya no...

—Espérame ahí! No te muevas... Le aviso a Rigel y salimos para tu casa...

XI

Rigel Downing revisó concienzudamente todo el departamento, y pareció perplejo.

—Lo siento, Parish... Pero aquí no hay una sola huella que no sea suya...

Guilford estaba abatido, hecho un guñapo sobre un sofá.

—No me entregará nunca...

—Rigel: ¿no puedes hacer nada? —le imploró Francine casi de rodillas.

"Si tú supieras todo lo que yo podría hacer por ti, si me quisieras", pensó Downing mientras la hacía sentarse a su lado.

—Podemos llamar a Patek —sugirió luego—. Pero es peligroso; si cree que Parish es culpable lo entregará...

—¡Pero es inocente! —protestó ella.

—Eso lo creemos tú y yo —repuso él con una sonrisa amarga—. Si Patek se guía por pruebas circunstanciales...

Guilford se levantó de un salto. —Lucharé —dijo con inesperada energía—. Correré el riesgo de que Ulysse Patek me crea culpable. No estaré peor que ahora...

Francine miró a su novio con inesperada admiración. Y él le devolvió la mirada; pero ella no la entendió.

"Y tal vez no me mate yo..." Ulysse Patek era un hombre bajo, delgado, de anteojos muy gruesos, que andaba a saltitos rápidos.

—He venido porque es usted quien me ha llamado —le dijo a Downing—. Pero esto es lo más irregular que he visto en mi vida. No puedo evitar comunicarme con el Departamento de Homicidios...

—Arrestarán a Parish —opuso Francine, angustiada.

—No necesariamente. En el peor de los casos, yo puedo obtener que le permitan quedarse aquí... vigilado.

—Lo que usted tiene que hacer es demostrar que soy inocente —casi le gritó Guilford—. A usted le consta...

—Porque usted lo dice...

—No, señor... Porque yo no puedo ser tan idiota de decir esta tarde en el teatro que me han robado el reloj, y luego matar a Blessington, precisamente con ese

reloj, y precisamente en mi casa...

Ulysse Patek contempló a Guilford con satisfacción evidente.

—Perfectamente, señor. He ahí una reflexión atinadísima, que va a servir para la policía..., pero no para mí.

—¿Eh?...

—No para mí, señor... Porque usted pudo haber hecho todo eso, precisamente, para poder decirse después a la policía...

—¿No estamos hilando demasiado fino? —le preguntó Downing con un fruncimiento de cejas.

—Nunca se hila demasiado fino, Downing... Personalmente, me inclino a creer que su amigo es inocente. Intelectualmente, tengo que demostrarlo...

—O demostrar quién es el verdadero asesino... —expresó Guilford con firmeza—. Esa es la mejor prueba de mi coartada...

—Si es así, la probaremos —le tranquilizó Patek con una absurda sonrisa de su cara de ratón enflaquecido.

En aquel momento llegó la policía: el inspector Yarder con los sargentos Land y Scott, de su brigada, y los técnicos...

Yarder era un hombre alto, fuerte, de muy pocas palabras, de edad indefinible y rostro bondadoso. Land era musculoso y atlético, con cierto aire de galán rudo; y Scott era gordo, puritano y avaro.

Cuando Parish Guilford hubo repetido su cuento por enésima vez, el inspector Yarder pareció darse por conforme...

—No necesito decirle que lo que hizo usted con el cadáver del vagabundo es una insensatez indescriptible. Usted ya lo sabe. Aunque sea inocente, ¿eh? En cuanto a esto otro —agregó señalando el cuerpo de Blessington ya cubierto con una sábana—, su relato es confuso... Por cierto que no hay huellas dactilares en el reloj...

—Sin embargo, deberían estar las del señor Guilford —observó Patek sagazmente—. Si es tan agudo como para haber matado a Blessington con ese reloj y en su propia casa, a pesar de haber dicho que le habían robado el reloj, para que no podamos creerlo, tiene que haber comprendido que limpiar sus huellas era acusarse del asesinato... Nada más natural que los rastros de sus dedos en un objeto de su casa, inspector...

—Yarder sonrió...

—Bien jugado, Patek... Mañana serán citados como testigos la señorita y los dos caballeros...

—¿No estoy detenido?... —no pudo evitar inquirir Guilford.

—No, señor... No por ahora. Tiene usted muy buen abogado... aunque no lo sea... —respondió Yarder—. Vamos, Land... Tenemos mucho trabajo en la oficina. Usted, Scott, cuide de que lleven el cuerpo como un cuerpo humano... Buenas noches, señorita; buenas noches, señores.

## XII

A la mañana siguiente Parish Guilford creyó que había escapado del mundo de pesadilla en que vivía desde las últimas horas... Esperaba el llamado telefónico... Hacía dos horas que lo esperaba.

—¿Y si el chantajista hubiera sido realmente Blessington? —se preguntó en alta voz—. Estaría salvado... Porque este Patek en cuenta al verdadero asesino sin la menor duda...

“Ya debe de estar levantado, si es que ha podido dormir anoche”, pensaba Rigel Downing mientras entraba en la casilla del

teléfono. “Aunque ese pedante de Ulysse Patek lo tranquilizó bastante...” Y levantó el tubo...

El timbre del teléfono, a pesar de esperarlo tanto —y casi dejar de esperarlo, por tanto— le hizo dar un tremendo respingo a Guilford... Pero ya no le sorprendió la odiosa voz...

—Le quedan a usted seis días... Mañana le quedarán cinco... Pasado, cuatro...

—¿Dónde podríamos encontrarlos?... —

—¿Tiene usted el dinero?... ¿De quién era esa voz?... Era una voz casi femenina... Aquello lo angustiaba... Pero consiguió mentir con aplomo:

—Sí. Cincuenta mil, ¿no? ¿Adónde se los llevó?

Se oyó una risita del otro lado. —Atienda bien —dijo la voz—. Entréguele el paquete, envuelto en papel blanco, a un hombre que encontrará dormido en la sala de espera del Departamento de Homicidios, dentro de una hora... Si no lo entrega hoy, lo volveré a llamar mañana. Y faltará un día menos...

Rigel Downing se iba a retirar a la casilla, cuando una sonrisa deformada le cruzó la cara. Y llamó a casa de Francine La Belle... La joven primera actriz se asombró de oír a su novio a hora tan temprana...

—¡Hola, querido!... ¿Descansaste bien?... —

Rigel Downing se puso repentinamente serio.

“Es la primera vez que te lo oigo decir amor...” Y contestó:

—Sí, amor... ¿Y tú?... —

—Espléndidamente. ¿Fue todo tan bien anoche? ¿Estás más tranquilo? —

“Mi papel de Parish Guilford”, pensó Downing, consumiéndose.

—Sí... Ahora sí. Me gusta ese Patek...

—Se lo debemos a Rigel...

“¿Qué no le debéis a Rigel?”

—Sí, por supuesto...

—¿Te habló “la voz”?... —

—Sí. Me dijo que le entregara el dinero esta tarde a un hombre que encontrará dormido en la sala de espera del Departamento...

Francine La Belle sintió contraerse todos sus músculos...

¿Irás? —preguntó, ansiosa.

—Por supuesto. Hasta luego, amor...

—Oye, escucha...

Pero Rigel Downing ya había cortado.

“Y el cadáver de Ulysse Patek le esperará en su casa...” reflexionó Downing. Se está poniendo muy peligroso para el verdadero asesino...

—No me ha dicho la hora —murmuró Francine, contrariada.

Y aquél fué el error de Rigel Downing. Porque Francine llamó a casa de Guilford.

—¡Hola, querido!... No me dijiste la hora...

Guilford miró el tubo, como si ocurriera algo que él no alcanzaba a penetrar...

—¡Hola! —gritó—. ¿Eres tú, amor?... —

—Sí, querido. No me dijiste la hora...

—¿Qué hora?... —

—La hora de la cita con la “voz” en el Departamento... La hora en que encontrarás al hombre durmiendo...

Guilford se sintió esencialmente alarmado...

—¿De dónde sacaste eso? —ca si aulló.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué gritas así? Si tú me lo acabas de decir...

—¿Que yo te lo acabo de decir! —

—Pero, claro... Cuando me llamaste, hace dos minutos...

La habitación empezó a girar alrededor de Guilford...

Pensó en decirle que él no la había llamado, pero comprendió que sería una alarma inútil. Y con ello enmendó el error de Downing.

—Tienes razón —admitió luego—. Estoy tan nervioso estos días, que me olvido de las cosas que acabo de hacer... Pero no te preocupes. Yo te pasaré a buscar...

Guilford estaba anonadado. ¿Quién se había hecho pasar por él ante Francine y había conseguido engañarla?... No acertaría jamás, por mucho que se lo pensara. Lo mejor era pedir auxilio a Downing. Y lo llamó. No con testó nadie.

Probaré con Patek, se dijo.

—¡Hola!... ¿Con el estudio del señor Ulysse Patek?... —

Lo atendió el mismo Patek...

—Sí, señor... ¿Quién le habla? —

—Parish Guilford... Es urgente.

Un momento, por favor...

Patek se volvió a Rigel Downing, que estaba con él:

—Es su amigo Guilford —le dijo tapando el micrófono—. ¿Quiéreme hablar usted con él?... —

—No —contestó Downing—. Por teléfono, no. Es mejor que le diga que se venga...

—¡Hola!... Ulysse Patek al habla...

—Guilford...

—¿Puede venirse por aquí en seguida?... —

—Perfecto. Hasta ahora.

Rigel Downing había cometido un error, pero tenía suerte. Estaban solos en la oficina. Dió la vuelta por detrás de Patek y le hundió en el cuello un puñalito damasquinado que había sacado de casa de Guilford. Patek se desmoronó sin decir un ¡ay!...

—No se podrá quejar Guilford... —murmuró Downing—. Le he respetado sus tres puntos fundamentales... Autor-asesino, cadáver desconocido; detective aficionado muerto en cuanto empieza a hacerse peligroso...

Rigel Downing cerró la puerta y abandonó el edificio a paso tranquilo. Entró en el café de enfrente y esperó... Cuando vio que Guilford entraba a la carrera a ver a Patek, descolgó el tubo y avisó a la policía...

—Habla Guilford... Estoy en la oficina de Patek... Acabo de matarlo...

## XIII

Parish Guilford golpeó en la puerta cristalera que decía “Ulysse Patek” y esperó respuesta. No la obtuvo, y volvió a llamar.

—¿Qué cosa más rara!, pensó. Tomó el picaporte y abrió la puerta.

—¿Señor Patek!... —

Nada.

—¿Señor Patek!... —

Lo descubrió en el momento que sonaban en la calle las sirenas de los coches patrulleros, pero no las oyó. ¡Estaba petrificado!

Cuando la policía irrumpió en el despacho de Patek, Guilford se guía inmóvil...

—¡Puerco asesino! —gritó Scott, arrojándose sobre él.

Pero no era necesario tanto alarde de fuerza. Guilford ni pensó en resistir. Ni siquiera le extrañó que llegara la policía tan oportunamente. Había sido algo inexorable.

—Estaba escrito —le dijo sencillamente al sargento Scott, que se escandalizó hasta el estremecimiento.

—¡Cállese, impio!... —

El inspector Yarder estaba perplejo.

—No entiendo —dijo—. No en

tiendo. ¿Por qué mató usted al hombre que lo iba a salvar del juicio por asesinato?... —

En aquel momento volvió a sonar el teléfono.

—Preguntan por Parish Guilford —anunció el sargento Land.

—¿Quién es? —preguntó Yarder.

—“La voz”...

—¿Cómo?... —

—Eso. Dice que Guilford ya entiende...

El inspector se acercó al teléfono y ordenó que le trajeran a Guilford.

—Es “la voz” —le dijo—. ¿Recuerda usted?... “La voz”... —

El chantajista!...

Parish Guilford hizo el primer gesto coherente desde que entró en la oficina de Patek...

—¡No...! —gritó luego—. ¡No...! —

—Atiéndame bien... —le dijo Yarder, tomándolo de los hombros. Va usted a recibir esta llamada y a entretener todo lo que pueda a su “voz”... ¿Ha entendido?... —

Entretanto Land, desde una oficina vecina llamaba a la Central, para situar el aparato desde el que hablaba “la voz”...

Guilford atendió la llamada:

—¡Hola...! Sí...

—No ha venido usted a la cita...

—No he podido...

Yarder le tendió un cuaderno y un lápiz a Guilford...

—Escriba qué le dice... —ordenó en voz baja.

Y Guilford escribió:

“Me esperaba en la sala de espera del Departamento de Investigaciones... Tenía que llevarle el dinero...”

—¡Hola...! Sí...

El sargento Land se puso colorado como una grana, y apenas podía estarse quieto cuando se dirigió al inspector Yarder...

—La llamada procede del Departamento de Investigaciones, señor...

—Perfecto. Que procedan. Que lo atrapen vivo, si es posible...

Cuando Rigel Downing vio avanzar hacia su cabina telefónica aquel pelotón de agentes armados de ametralladoras, se puso de espaldas a la puerta...

—Ha cortado —dijo Guilford con su aire ausente.

—¡Maldición —juró el inspector—. Llamen en seguida; que copen todas las salidas; que rodeen el departamento; fuego contra todo, el que no obedezca la orden de alto...

Pero Rigel Downing no pensaba en huir. Cuando Francine La Belle atendió la llamada, le dijo:

—¡Hola, Francine!... Quería despedirme de ti...

—¡Hola, Rigel!... ¿Despedirte?... ¿Y por qué?... —

—“Porque eres demasiado bella, Julieta querida... Mis ojos te envían su última mirada; mis brazos te envían el último abrazo...”

—¿Rigel! ¿Qué te pasa?... ¿Te has vuelto loco?... —

—Y mis labios, Julieta querida, mis labios... ¡Oh vosotros, labios, puertas del aliento, sellad el pacto que hizo mi vida con el amor de Julieta!... —

Los agentes avanzaban cuidadosamente contra la cabina del hombre de espaldas...

—¡Rigel! ¡Rigel! ¡Fuiste tú!... —

—¡Tú!... ¡Tú!... ¡Por mí!... —

Y Francine La Belle cayó desmayada.

Casi al mismo tiempo se oyó la voz del teniente:

—¡Entréguese! ¡No puede escapar!

Pero Rigel Downing siguió transmitiendo su mensaje por el teléfono de Francine La Belle...

—¡Ven, amargo conductor! ¡Ven, guía fatal!... ¡Tú, deses-



# DON VENTURA ESPINACH

Por Gonzalo Chacón Trejos



N Cajamarca, a principios del siglo 19, era dueño de riquísimas minas de plata, en el famoso cerro de Hualgayoc, el señor don Miguel

Espinach, español natural de Barcelona. Viejo solterón, un poco achacosos y sin hijos ni parientes en el Perú, hizo venir a dos jóvenes sobrinos suyos llamados Buenaventura Espinach Gual, que nació en Mont Blanch, Cataluña, en 1803, y Lorenzo Iglesias Espinach, de trece y diecinueve años; en 1916 se embarcaron en la playa de Cambrils, Tarragona, en un falucho que los condujo a Cádiz, tomando luego un velero de tres palos que al cabo de varios meses, doblando el cabo de Hornos, llegó al Callao, donde los dos jóvenes se embarcaron en un bergantín que los llevó al puerto de Eten; allí desembarcaron, dirigiéndose a Cajamarca y Hualgayoc. Grande fue la alegría del viejo archimillonario don Miguel cuando abrazó a sus jóvenes sobrinos, a los que no conocía más que de nombre; en cambio, la manceba de don Miguel, una criolla limeña de baja estofa, pero muy bella y hermosísima, vió con muy malos ojos la llegada de los jóvenes, a los que desde el primer momento comenzó a hostilizar y satirizar con esa perfidia que en las mujeres despechadas y furiosas llega a alturas de insospechada perfección, cebándose con saña en el joven Ventura, el cual no soportó las puyas e insolencias de la ensoberbecida barragana; las cosas llegaron a tal punto, que don Miguel resolvió enviar a su sobrino a la escuela de Trujillo, donde el jovencito, que tenía memoria prodigiosa, gran despejo y viva inteligencia, adquirió conocimientos en las lenguas latina, francesa e inglesa, matemáticas y filosofía; aprendió también cuanto se sabía en aquellos tiempos acerca de minas; ensayos, fundición, cateo, construcción de socavones y laboreo general de los metales.

Pasaron los años desde la llegada de los sobrinos de don Miguel en constantes molestias y sobresaltos, a consecuencia de la sangrienta guerra de la Independencia que traía encendidos odios feroces entre patriotas y españoles. Así llegó el año de 1824, cuando entre la insufrible concubina y el altivo don Ventura las cosas pasaron de castaño a oscuro; aquella lo denunció secretamente a los patriotas como conspirador, y entre perfidias y denuosos aseguraba por su vida que a los sobrinos de don Miguel no les tocaría ni lo mínimo de tantas riquezas.

Perseguido por los patriotas, acosado por la concubina dueña del ánimo de su tío; hostilizado de mil modos en aquel hervidero de pasiones y codicias; ardiendo el país en furiosa guerra, poco antes de la batalla de Ayacucho, junto con otros españoles solteros y no afinados en el país, fue un día de

tantos violentamente expulsado; -pusieronlos a bordo de un pésimo velero que salió con rumbo al Norte, hacia Méjico; tan sólo pudo llevarse don Ventura un cinturón de cuero y doble forro repleto de pelucones con la efigie de Carlos III. Tenía veintiún años, excelente salud, ánimo esforzado, bastantes conocimientos y ansia grande de vivir y trabajar en paz. Navegaban a la altura de las costas de Centro América cuando los sorprendió furiosa tempestad, de la que escaparon milagrosamente; fue tal el estado en que quedó la arboladura y el velamen y tantos los remiendos de la quilla por donde el viejo velero hacía agua, que a punto de naufragar enderezaron proa a tierra, llegando a un punto cercano al puerto de Corinto en Nicaragua, donde nuevas desgracias esperaban a los infelices navegantes. En Nicaragua ardía la guerra civil; unos partidos peleaban por el poder, y otros grupos, los negros y los blancos, se hacían guerra sin cuartel; les robaron cuanto traían, los metieron a la cárcel e intentaron fusilarlos bajo el pretexto de que eran piratas; a duras penas pudieron convencer a las autoridades de que eran pobres náufragos que iban para Méjico, logrando que los dejaran por lo menos en libertad.

Un día, en León conversando el joven Espinach con un buen sacerdote, éste, tendiendo el brazo hacia el Sur, le dijo: Si lo que usted quiere es vivir y trabajar en paz, váyase ahora mismo hacia allá; poblada por gente casi toda blanca la provincia de Costa Rica, pobrísima y pequeña, es un oasis de paz y tranquilidad. El buen sacerdote le ofreció una carta de presentación para el padre José Antonio Oreamuno, de Cartago, y el joven Espinach con sus paisanos y compañeros de aventuras y penalidades don Francisco Giralt y don Manuel Vidaurreta, consiguieron unas mulas, y dirigiéndose al Sur trotaron jubilosamente hacia el extraordinario y fantástico país de América donde siempre había paz y no feróz guerra; donde no se mataban fieramente liberales, conservadores, negros y blancos; donde no se asesinaban furiosamente patriotas y "godos"; donde no se robaba al viajero ni se lanzaba al mar con homicida intención a un puñado de jóvenes cuyo delito era ser españoles.

Maravillados, avanzaron los viajeros por el territorio de Costa Rica, amable, acogedor, risueño, y llegaron una tarde, fatigadísimos y hambrientos, a la casona de la hacienda La Palma, en Guanacaste, cuyo dueño don Juan José Bonilla los atendió cortésmente, ofreciéndoles su casa. Dos días pasaron los viajeros en La Palma; allí el joven Ventura se prendió profundamente a Merceditas, la única hija de don Juan José y de su esposa doña Teodora Ulloa. La linda Merceditas quedó también fascinada del joven minero que era guapo, culto, decidor y alegre.

Bien montados en excelentes mulas que les facilitó el gentil don Juan José Bonilla junto con un baqueano, siguieron los tres caballeros andantes hacia el interior, pasaron por Esparza, La Lajuela, Villavieja, San José, los Tres ríos, y llegaron a Cartago, encantados de la belleza del país, de la hospitalidad irrestricta de sus habitantes y de la paz deliciosa que en él se disfrutaba. Tan pronto como don Ventura llegó a Cartago, la fortuna le sonrió espléndi-

damente.

Mientras tanto, en Barcelona, la familia del joven Espinach tuvo noticia de que éste había perecido en un naufragio o en la guerra de la Independencia, por lo cual a un hermanito recién nacido lo bautizaron con su nombre para reponer al presunto desaparecido.

En 1815 un acontecimiento extraordinario conmovió a todo el país; vino en visita pastoral el Obispo de Nicaragua, que lo era también de Costa Rica, Monseñor García Jerez. Hacía más de treinta años, desde la visita del Obispo Tristán, que la pobrísima y olvidada provincia de Costa Rica no era honrada con la llegada del Obispo, por lo cual el acontecimiento tuvo enorme resonancia. De Cartago y de todas las ciudades principales fueron comisiones a encontrar al Obispo, quien en el camino, al pasar por una verdadera recién abierta en el Monte del Aguacate, examinó casualmente unos pedruzcos y afirmó que contenía oro. Don José Santos Lombardo, que había ido por comisión de la ciudad de Cartago a encontrarlo a Esparta, oyó las palabras del Obispo, recogió algunas piedras, las guardó en su alforja, y dió cuenta del hallazgo a don José Rafael Gallegos. Lombardo y Gallegos denunciaron, cinco años más tarde, en 1820, la primera mina en el Monte del Aguacate, a la que pusieron el nombre de "Sacra Familia".

Un día del año 1822 estaba un peón descansando a la sombra de un guapinol, cuando le llamó la atención el aspecto de las piedras, a unas mil varas de la mina "Sacra Familia"; tomó algunas que entregó inocentemente a don Isidro Oreamuno, quien con su hermano el padre José Antonio Oreamuno denunció la mina "Del Pilar", que se conoce aún hoy con el nombre de "Oreamunos". Pero en aquellos tiempos explotar una mina era empresa casi imposible, por la ignorancia, la pobreza y la absoluta carencia de herramientas e implementos. Por eso, cuando don Ventura llegó a Cartago y entregó la carta de recomendación que traía de León para el padre Oreamuno, este se quedó perplejo y azorado al saber que don Ventura era ingeniero de minas.

—¿Con que ingeniero de minas?—preguntó de nuevo, incrédulo.

—Sí, señor—afirmó don Ventura.

—¿Y usted podría decirme si unas piedras que tengo contienen oro?

—No sólo se lo puedo decir sino que también puedo extraerlo si lo tienen.

Los ojos del padre se iluminaron de codicia; corrió hacia el pesado y profundo armario, sacó unos pedruzcos, y ofreciéndolos a don Ventura le dijo:

—Si usted les saca el oro haremos una sociedad: yo pondré el capital y explotaremos una mina que tengo en un sitio que sólo yo conozco. Es mi secreto...

Al día siguiente se presentaba don Ventura ante el padre y le entregó una bolita de oro, al mismo tiempo que afirmaba ser el mineral riquísimo.

Formaron una sociedad, y a poco comenzaron los trabajos. Don Ventura trabajó como un catalán pobre, es decir, furiosamente, tesoneramente incansablemente, venciendo dificultades inmensas, en plena selva sin caminos, ni puentes, ni nada. Al cabo de poco tiempo había sacado grandes cantidades de oro, y el resultado de sus trabajos produjo enorme, indecible excitación en Costa Rica, que pasó de la absoluta miseria, de la moneda de cacao y las transacciones por trueque, a la esplendorosa moneda de oro codiciada por el mundo entero.

La circulación del oro transformó como por magia fantasmagórica la miserable situación económica y comercial: comenzó activo comercio con el exterior, que antes no existía; se importaron herramientas para las artesanías y la agricultura, entonces primitivas como en la edad de piedra, y a nuestros puertos comenzaron a llegar barcos cargados de mercaderías indispensables aunque desconocidas entonces, seguros de cambiarlas por el codiciado oro. El país dió así un prodigioso salto hacia adelante.

Era Costa Rica en 1820 la Cienfuegos de Centro América, la provincia más atrasada y pobre, que casi de golpe y sin duda ninguna debido al oro extraído por don Ventura Espinach del Monte del Aguacate, tomó la delantera, se enriqueció y prosperó extraordinariamente.

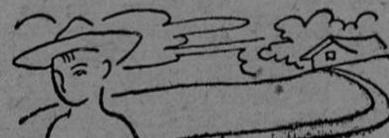
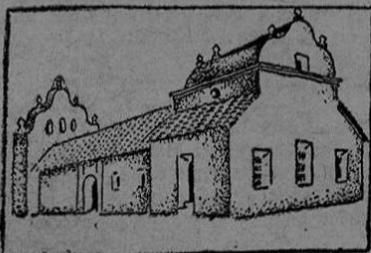
Poco después los señores don Nicolás y don Pío Castro sacaban grandes cantidades de oro de su mina "Los Castro", y hubo un tiempo en que la fiebre del oro era tal que en aquella región había más de cuatrocientas personas buscando minas para denunciarlas.

En 1830 don Ventura tomó la mina "Oreamunos" en arriendo y fue entonces cuando descubrió la bonanza "El Fuego", de tan enorme riqueza que llegó a producir treinta y siete mil quinientos dólares por tonelada de dos mil libras.

Después, cuando agotados los mantos de cuarzo de la superficie hubo necesidad de emprender en socavones profundos, se abandonó las minas; pero en cambio ya empezaba a florecer la explotación segura y constante del oro verde: el café.

El primer costarricense distinguido que don Ventura conoció fue don Juan José Bonilla, quien lo atendió con generosidad y desprendero; la primera mujer que lo acarició en Costa Rica con una mirada tierna fue la bella hija de don Juan José, allá en La Palma, cuando llegara huyendo del infierno nicaragüense, sin dinero, perseguido por los hombres y por los elementos, derrotado por la vida y el destino, mas con el espíritu erguido y dispuesto a luchar bravamente por abrirse campo en medio de tanta adversidad. Catorce años después de haberla conocido en La Palma, don Ventura se casó con Merceditas Bonilla Ulloa, en Cartago, en setiembre de 1838; boda cuyo relato y sucedido consignamos en la primera de estas tradiciones.

Don Ventura Espinach abandonó el laboreo de minas y se dedicó a cultivar café. En terrenos de su esposa formó la famosa hacienda "El Molino", en Cartago, donde montó el mejor beneficio de la época. Esa finca produjo el año 1846 trescientos quintales. Después hizo la hacienda de San Joaquín de Heredia, con un in-



# EL MAR, EMPORIO DE RIQUEZAS

Por Gerald Wendt

menso beneficio cuyos patios, bodegas y casas se conservan hoy como hace casi cien años. Ya en 1841 había construido en Cartago, bajo su dirección y según sus planos, la mejor casa del país. Fue uno de los fundadores de la Sociedad Económica Itineraria, encargada de desarrollar la industria del café; prestó, gratuitamente, ingentes servicios al país en la dirección y construcción de caminos y puentes; el hermosísimo de piedra sobre el río Jesús María en el camino de Puntarenas, de que tanto se preocupara, que está tan gallardo y fuerte como el primer día, lo construyó en parte con su dinero y bajo sus planos y dirección. En 1955 forjó el primer registro de observaciones pluviométricas para metodizar las siembras del café y que sirve también para establecer comparaciones en la modificación de las lluvias con el avance de la civilización y tala de bosques. Construyó en el cementerio de Cartago el mejor mausoleo para él y sus familiares, uno de los pocos que el terremoto respetó; no hubo actividad benéfica en que no se sintiera su mano dadivosa y su mentalidad alerta y cultivada.

Jamás intervino en la política del país, salvo en 1842, cuando el derrocamiento de Morazán, de quien fue fiel amigo, deseoso de evitar derramamiento de sangre. Algunos historiadores mal informados e ignorantes de la realidad afirmaron que don Ventura traicionó a Morazán, por lo cual ese desgraciado caudillo pereció en el patíbulo; pero esa afirmación injusta y falsa ha sido refutada ampliamente, sin dejar la más leve sombra sobre la hidalguía y corrección de don Ventura, por pues tro ilustre meritísimo historiador don Ricardo Fernández Guardia, cuya imparcialidad y autoridad son indiscutibles.

Hacia el año 1855, llamado por don Ventura, vino a Costa Rica su hermano menor, que llevaba su mismo nombre, el doctor en medicina don José Ventura Espinach, quien con su hermano emprendió, aparte del ejercicio de su profesión, en varios negocios afortunados que le valieron una considerable fortuna. Su hija doña Teresa, mujer encantadora, cultísima y de peregrina belleza, cuya vida es toda una novela, vive actualmente en París, anciana y en la mayor pobreza. ¡Veledades de la incierta fortuna!

Viajó mucho don Ventura por Europa, los Estados Unidos y el Perú, adonde fue para conocer a sus parientes; allá su primo hermano don Lorenzo Iglesias, con quien llegara en 1916 a Cajamarca, se había casado con la distinguida dama doña Rosa Pino, cuyo hijo el general don Miguel Iglesias Pino fue Presidente de la República peruana en 1883; en 1890, de paso para Europa, estuvo en Costa Rica el general Iglesias, adonde lo trajo el deseo de conocer a sus parientes.

Don Ventura se preocupó mucho por dar a sus hijos refinada educación y sólida cultura, para la cual los envió a todos a colegios europeos, de donde volvían trayendo las últimas novedades del arte y de la moda, delicados refinamientos que eran el encanto de todo el mundo en aquellos tiempos.

No hubo hombre notable por el saber, la virtud o el talento, que no pasara por sus salones, encantado de la cordialidad generosa de don Ventura y doña Mercedes; aquella fue la primera mansión verdaderamente aristocrática de Costa Rica, pues tenía esa



A tierra y el mar son los dos grandes recursos del género humano. Ambos han sido explorados durante siglos y han entregado sus tesoros para provecho del hombre. El hombre puede caminar sobre la tierra y cultivarla para obtener de ella su alimento y vestido; puede perforarla para extraer el petróleo, los minerales y las piedras de construcción que se encuentran en el subsuelo. Aun que parte de la tierra es demasiado árida, muy fría o abrupta —y por lo tanto sin mucho valor— en general ofrece un abrigo adecuado para el hombre y ha sido habitada desde hace muchos miles de años. En el siglo pasado, los geógrafos han estudiado casi todo el planeta y han trazado mapas de todas las regiones, tratando de encontrar la mejor utilización de sus recursos.

No sucede lo mismo con el mar. Su vasta masa líquida no ofrece asiento ni hogar al hombre. Fue ron necesarios mucho valor y destreza para navegar sobre él y cruzarlo, como hicieron los antiguos fenicios y los polinesios, o el Almirante Cristóbal Colón. El Océano posee una belleza majestuosa, pero no es hospitalario y desafía la conquista permanente. Su móvil superficie puede volverse familiar al hombre, pero sus tesoros se hallan ocultos en las profundidades misteriosas donde no puede vivir el ser humano. Allí comenzó la vida y allí ésta es más rica y varia que en la tierra. A medida que los recursos

suprema distinción que sólo se encuentra en las familias de abuelo que hacen de la cortesía y la sociabilidad una costumbre. El primer piano que se oyó en Cartago lo importó don Ventura para sus hijos que volvían de Europa: Teodora y Mercedes, excelentes pianistas, eran únicas para animar con su donaire y gracia las reuniones y saraos; Rosita cantaba maravillosamente; Cristina sabía decir versos con naturalidad y sentimiento; Ventura, gran conocedor de los clásicos griegos y latinos, era pintor y músico; Ramón fue un delicioso conversador, músico y elegante bailarín; ninguno como él para dirigir cuerdas y lanceros.

A aquella casa iba nuestra timida y encogida aristocracia para aprender muchas cosas que ignoraba o mal sabía; modales distinguidos, servir una mesa, llevar una conversación, bailar con buena música, decir correctamente bellos versos y admirar verdaderas obras de arte traídas de Europa; porcelanas, vajillas, adornos, pinturas, esculturas y libros ricamente encuadernados que encerraban la sabiduría de los siglos.

Don Buenaventura Espinach - - Gual murió en Cartago el 4 de abril de 1866.



terrestres se agotan por motivo de la superpoblación, siempre en aumento, los inauditos y nunca utilizados recursos del mar se presentan insistentemente como un reto a la inteligencia humana. La ciencia de la oceanografía sucede a la geografía como la guía más segura para la riqueza del porvenir.

A semejanza del clima, el mar tiene una presencia universal. To ca todos los países, con excepción de muy pocos, y entre ellos Suiza, Austria, Checoslovaquia, Hungría, Bolivia, Paraguay, Afganistán y Rodesia. Las naciones isleñas y peninsulares —como Inglaterra, Grecia, Noruega, Dinamarca y —Japón— han tenido siempre un contacto continuo con el, tanto en su litoral como en su historia. En Filipinas, por ejemplo, ninguno de sus habitantes —que llegan a veinte millones— se encuentra a más de ciento veinticinco kilómetros de la orilla, y muchos viven junto al mar. El país está compuesto de siete mil cien islas, con una costa de una longitud de 17.460 kilómetros. El área territorial tiene una extensión aproximada de 300.000 kilómetros cuadrados; pero las aguas territoriales de Filipinas cubren casi seis veces esta extensión, o sea 1.700.000 kilómetros cuadrados. Tales naciones, naturalmente, conocen el mar y dependen de él en su alimentación y comercio. Pero los océanos son libres, con excepción únicamente de una estrecha faja cerca de las costas, y no pertenecen a ningún país. Sus recursos y problemas son esencialmente internacionales.

Cerca de las tres cuartas partes de la superficie de la tierra están ocupadas por el mar. El área oceánica total es de 361.000.000 de kilómetros cuadrados, en comparación con 151.000.000 de kilómetros cuadrados de tierra, de los cuales menos de 25.000.000 de kilómetros cuadrados se encuentran en cultivo. De esta manera, cerca del 72% de la vivificante luz solar cae sobre el mar y, al hacer evaporar la superficie de las aguas para formar nubes y producir la lluvia sobre la tierra, es de gran utilidad para el hombre.

La mayor parte de la luz solar penetra en el agua y conserva la temperatura de la vida en el océano; pero el resto se pierde para el hombre. Es una de las grandes riquezas naturales derrochada inútilmente.

Al contrario de la tierra, el mar tiene tres dimensiones accesibles. No sólo se extiende en longitud y latitud sino también en profundidad. Y esa profundidad puede ser alcanzada por el hombre. Hay aguas profundas cerca de los continentes, pero las zonas abisales son mucho más separadas de la superficie que las más altas montañas sobre el nivel del mar. Si el pico más alto del mundo, el Monte Everest, en las montañas del Himalaya, pudiera sumergirse en el Pacífico —en el foso de Marianao— su extremo se encontraría a dos kilómetros debajo del agua, porque la altura de este pico llega únicamente a 8.882 metros, cuando el fondo del foso oceánico se halla a 10.692 metros de profundidad. La profundidad media del océano, en cualquier lugar del planeta, es de 3.800 metros, más o menos.

La cantidad total de agua que se encuentra en el área marina hasta esa profundidad excede a todo lo imaginable. Ocupa mil trescientos setenta y ocho millo

nes de kilómetros cúbicos. Aunque un kilómetro cúbico es una simple gota de agua con relación al océano, comprende un espacio tan vasto que en la mitad de él puede encerrarse todo el género humano. Además, si ese kilómetro cúbico de agua pudiera cargarse en vagones-tanques —cada uno de los cuales contuviera 20 metros cúbicos en diez metros de largo— llenaría cincuenta millones de esos vagones tanques. Es decir, que un tren de esos vagones tendría 500.000 kilómetros de largo. Al correr a una velocidad de 50 kms. por hora, el tren tardaría un año y 52 días en pasar de un punto a otro. En comparación con las necesidades humanas y con las dimensiones inventadas por el hombre, el mar es prácticamente infinito.

El mar no es sólo agua. En su masa líquida atesora enormes cantidades de materias disueltas, provenientes de las rocas y arrancadas a la tierra por la lluvia y los ríos. Cada kilómetro cúbico de agua marina contiene treinta y cuatro millones de toneladas de sal común. Hay allí igualmente otros minerales, como el magnesio y la bromina, que ya se han explotado comercialmente. También contiene oro y hierro en solución y puede quizás suministrar al hombre los minerales que necesite cuando las minas se hallen exhaustas. No obstante, los más primordiales entre los minerales disueltos son los que requieren las plantas para su crecimiento, y que son empleados por el hombre como abonos del suelo. Cada kilómetro cúbico de agua de mar contiene 180 toneladas de nitrógeno, en forma de nitrato, 54 toneladas de fósforo y 432 millones de toneladas de potasio. Estas sustancias desempeñan un papel importante en el crecimiento de las plantas marinas de todas clases. Más importante aún es el hecho de que el agua de mar contiene, en solución, veinte o treinta veces más carbón dióxido que el de la atmósfera de la tierra. Las plantas son vivificadas por el carbón dióxido y por el agua bajo energía solar con ayuda de algunos abonos minerales. El Océano posee todos esos abonos y es el mayor escenario de un enorme crecimiento de plantas, que da lugar a su vez a una innumerable vida animal, que se nutre de esas plantas.

Como las plantas necesitan de la luz solar y ésta no pasa de la superficie del mar no es posible el desarrollo de las plantas en las oscuras profundidades oceánicas. Muchas de las plantas acuáticas crecen cerca de la superficie. No hay una medida exacta del crecimiento de éstas cada año, pero los especialistas opinan que su proporción es de 46 toneladas por cada hectárea de la superficie del Océano, lo que significa un término medio de mucho mayor que el de la producción de plantas en la tierra. La superficie marina es mucho más vasta que la superficie terrestre, y por esta razón la producción total del Océano excede a la de la tierra. Además, tal producción no se interrumpe jamás por derrumbamientos, tempestades u otras catástrofes naturales, así como es independiente por completo de todo lo que pueda intentar el hombre para disminuirla o aumentarla. Esta continua producción invisible de 4.600 toneladas de nueva vegetación por kilómetro cuadrado, cada año, en un área de 361.000.000

321  
de kilómetros cuadrados, es probablemente uno de los más grandes e impresionantes fenómenos de la naturaleza.

La mayor parte de las plantas que se producen en el mar son microscópicas y tienen como parásitos unos animales igualmente de pequeñísimas dimensiones. Es te conjunto de animales y plantas se denomina plankton y constituye el alimento de los más pequeños peces, que a su vez sirven para nutrir a los más grandes. Parte del plankton se sumerge hasta el fondo del mar para alimentar a los seres rudimentarios que allí viven. De paso, es menester explicar que los residuos de plantas y animales forman en las profundidades un depósito orgánico que es el origen del petróleo futuro. Al mismo tiempo, el mar mantiene una enorme población de peces, cuyo número y peso no han llegado a calcularse aún. Esta masa viva es en verdad equivalente a 4.600 toneladas de plankton vegetal, que se produce anualmente por cada kilómetro cuadrado. La cantidad de peces que se recojen cada año es sólo de 180 kilogramos por kilómetro cuadrado, o sea 1.8 kilogramos por hectárea. Es evidente así que los recursos alimenticios del mar son apenas utilizados por el hombre.

No obstante, la recolección anual de alimentos marinos en todo el mundo llega a 25 mil millones de toneladas, sin incluir las ballenas, que añaden un 10% a esta cifra. En este peso total se comprenden, sin embargo, las conchas de ostras y otros crustáceos y grandes cantidades de peces que se utilizan para la extracción de aceite, o como alimento o abono. La proporción de la cantidad utilizada en forma comestible llega a 10.000 millones de toneladas por año. Como alimento para 2.400 millones de habitantes de la tierra, alcanza así a una proporción de cuatro kilogramos por persona anualmente; pero el término medio del consumo de toda clase de alimentos es de 500 kilogramos por persona al año; de modo que el pescado y los otros alimentos marinos llegan sólo a constituir el 1% de la alimentación humana. Teniendo en cuenta que el pescado es un alimento saludable y de bajo costo —con 18% de proteína, 5% de grasas y 1.100 calorías, más o menos, por kilogramo— resulta que el consumo de pescado podría incrementarse mucho para el beneficio de todos. De este modo, desde el punto de vista del consumo y de la producción, una valiosa fuente de recursos se encuentra en las mismas orillas de muchas naciones de la tierra.

La Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación afirma que los recursos acuáticos del mundo pueden suministrar al hombre una cantidad de alimentos mucho más grande que en la actualidad, y que uno de los obstáculos principales para el incremento del suministro de peces es la falta de una demanda mayor. Pero, a su vez, esta poca demanda se debe en parte a factores económicos y comerciales y, acaso más aún es el resultado de la ignorancia acerca de las virtudes nutritivas de los alimentos marinos y de los prejuicios, costumbres y gustos. Podría obtenerse un gran incremento en el suministro de peces por medio de una mayor mecanización de las embarcaciones de pesca —a fin de que puedan recorrer zonas más vastas— y mediante mejores métodos de localización de los peces. Más aún, hay la necesidad de conocer mejor los hábitos de vida de los peces y las relaciones entre las diferentes formas de la vida en el océano, y estudiar la posible destruc-

ción de los animales voraces y el cultivo de especies preferidas. El fomento práctico de la pesca es solamente un aspecto de la investigación, dentro de los más amplios problemas de la oceanografía.

La biología marina ha sido durante mucho tiempo un estudio fascinante, dirigido en especial por varias agencias gubernamentales y laboratorios privados, como el del Museo Oceanográfico, fundado por el Príncipe de Mónaco, y por determinadas Fundaciones, como el Instituto Carnegie, en la Jolla, California, y el Instituto Oceanográfico de Wood's Hole, establecido por la Fundación Rockefeller en los Estados Unidos de América. Varias expediciones marítimas, como la del vapor inglés Challenger, en 1875, y de la nave sueca Albatros, en 1942-1948, han explorado largamente las profundidades del mar y examinado la vida de los seres oceánicos. Pero hasta hoy, la exploración sistemática del mar y sus complejas biología, física, química y geología, se reconocen como un verdadero problema internacional.

La oceanografía incluye el estudio de los océanos, su contenido y sus relaciones con las rocas, sedimentos y orillas, así como con la atmósfera. Es el estudio de las masas acuáticas, su composición química y sus movimientos y el examen de la vasta complejidad de los organismos biológicos que en ella se contienen. Comprende igualmente el análisis de los cambios atmosféricos, de los efectos de los vientos y de las radiaciones solares y de la circulación de las corrientes oceánicas. El estudio se extiende asimismo al fondo del océano, sus características geológicas y los sedimentos profundos que allí se han acumulado a través de las edades. La Comisión Mixta de Oceanografía del Consejo Internacional de las Uniones Científicas ha auspiciado el estudio internacional especializado del fondo oceánico y ha recomendado el establecimiento de un Consejo Internacional para la coordinación mundial de las investigaciones acerca de las profundidades marinas.

En 1952, el Consejo de Pesquerías del Indo-Pacífico propuso un programa de cooperación internacional sobre estudios oceanográficos para establecer un registro completo de los laboratorios y navés dedicados a tales investigaciones, archivar todos los datos y publicaciones sobre la materia, fundar un servicio de consultas para los gobiernos, con el objeto de elaborar proyectos de investigación oceanográfica y sus aplicaciones industriales, y coordinar todos los programas nacionales con la cooperación de la Unesco en las ciencias fundamentales de la oceanografía y la asistencia de la FAO en la aplicación de esas ciencias a la industria pesquera.

En el área de los Océanos Índico y Pacífico existen ya varios laboratorios para la investigación oceanográfica. Entre ellos se cuentan la Estación Central de Investigaciones Marítimas y Pesqueras, en Mandapán, India meridional, el Instituto Oceanográfico de Indochina, en Nhatrang, el Departamento Oceanográfico de la Oficina de Pesquería del Ministerio de Comercio y Agricultura de Filipinas, en Manila, el Instituto Oceanográfico del Departamento de Pesca de Singapur, la Federación de Laboratorios para la Investigación del Mar, en Djakarta, Indonesia, y el Instituto Oceanográfico de Naumea, Nueva Caledonia. El Japón tiene más de una docena de organizaciones dedicadas a la investigación oceanográfica y ha organizado un Comité Especial de Recursos Marinos dentro del Comité de la Unesco que

# Anecdótico Nacional

por CARLOS FERNÁNDEZ MORA

Dibujos de Né Solano V.



A política en Costa Rica ha sido siempre el tema de palpitante actualidad. Los costarricenses sólo piensan en ella y no empieza un

periodo presidencial la persona electa para tal cargo, cuando ya se le está buscando su sucesor. Don Ricardo Jiménez fué siempre el más inteligente de los políticos y el pueblo lo escuchaba con devoción cuando este hombre ilustre usaba de la tribuna o de las páginas de los periódicos para referirse a un asunto de interés nacional. Fué este hombre quien en cierta oportunidad, al preguntársele por el concepto que a él le merecía el Licenciado don Ricardo Castro Beeche, contestó: "Cacayo Castro es una gran figura presidencial".

Pues bien; siendo el Licenciado Castro Beeche Ministro de Relaciones Exteriores, ordenó publicar en el Diario Oficial "La Gaceta",

una nota denegando un reclamo planteado en el litigio del Gobierno de Costa Rica con la empresa naviera propietaria del vapor con bandera panameña "Belén Quesada", de ingratos recuerdos para los costarricenses.

Alguien, posiblemente un malqueriente, envidioso o enemigo grato de Cacayo, le preguntó a don Ricardo Jiménez si él había escrito la nota en referencia.

Aquel gran señor de la política, mirando de pies a cabeza a su interlocutor, le responde:

—"Cuando a Alejandro Dumas le preguntaron si él había escrito la "Dama de las Camelias", contestó que en esa obra no había tenido más que una participación: engendrar a su hijo."

En la nota del Ministerio de Relaciones Exteriores yo puedo decir que no tuve otra participación QUE FIRMAR EL DECRETO NOMBRANDO MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES A CACAYO CASTRO".

funciona en el Consejo Científico del Japón. El Comité Nacional Japonés para la Unesco reanudó en 1953 la publicación de los Archivos de los Trabajos Oceanográficos en el Japón, interrumpidos por la segunda guerra mundial.

En noviembre de 1953, un grupo de especialistas se reunió en Manila, al mismo tiempo que el Octavo Congreso de Ciencias del Pacífico, previa invitación enviada conjuntamente por la Unesco y la FAO, para discutir las posibilidades de establecer una organización oceanográfica internacional en la región del Indo-Pacífico. Bajo la presidencia del Profesor Pierre Auger, Director del Departamento de Ciencias de la Unesco, el grupo recomendó que se fundara la organización bajo los auspicios conjuntos de la Unesco y de la FAO "con el propósito principal de proporcionar la información fundamental y necesaria para la explotación racional de los recursos del mar".

Se puede decir, de esta manera, que la última gran frontera de la

tierra se halla bajo una creciente exploración, para beneficio universal. Se han llevado a cabo ya algunas hazañas resonantes, como la del Profesor Picard, que descendió en su "bathysphere", o las expediciones de "aficionados", provistos de tanques de oxígeno; que suelen sumergirse en las aguas poco profundas para explorar la vida marina o ir a la búsqueda de tesoros arqueológicos o de restos de naves sumergidas. Pero los verdaderos tesoros marinos descansan muy lejos de la orilla y a grandes profundidades debajo de las olas: estos tesoros consistentes en grandes cantidades de alimentos disponibles para el género humano, que se multiplica sin cesar y, en algo más importante aún, los secretos no descubiertos del origen de la vida en esas profundidades hace mil millones de años, más o menos. La tierra es la cuna del hombre, pero el mar es la cuna de la vida en general. Muchas lecciones de la tierra que dan aún por aprender. Las lecciones del mar no hacen sino comenzar ahora.

# EL CIRCULO VICIOSO DE SARTRE

Por RAMON SENDER



A luna de miel de Sartre con los comunistas ha entrado en una fase agitada que permite hacer pronósticos de divorcio. Nada más

fácil de pronosticar para los que conocemos su obra y un poco su persona. Yo no digo que lo conozca personalmente, porque unas frases cambiadas en diálogo general hace siete años en New York durante un cocktail no bastarían al mejor psicólogo del mundo para penetrar en la manera de ser de un hombre. Conoci más a su amigo Paul Nizan, autor de "Los Perros Guardianes" (1932), fusilado por los alemanes.

Paul Nizan era para Sartre como un hermano. Compartió con él la celda (el mismo dormitorio) en la Escuela Normal Superior de Francia, instituto por el que han pasado todos los grandes franceses de hoy. Paul Nizan fué tal vez el único verdadero amigo de Sartre. También Nizan fué comunista por algún tiempo, en los años anteriores a la segunda guerra mundial. Cuando se separó violentamente de los comunistas, éstos los envilecieron con todo género de calumnias incluso la de traición. Muy difícil era convencer a nadie de que un hombre a quien fusilaron los alemanes había sido agente nazi. Pero los comunistas están obligados a creer todos los absurdos que impone Moscú.

Manejan los comunistas muy bien el terrorismo verbal y no falta quien les tenga verdadero pánico por esa razón. Sobre todo entre los intelectuales, tan sensitivos para la reputación y la fama. Yo sé que más de un escritor de lengua española sigue sometido a la disciplina moscovita por miedo a ser víctima de sus difamaciones. No deja de ser una triste prueba de cobardía. Hay que confiar siempre en que la verdad por sí misma se imponga y en que no hay bastante lodo en el mundo para ensuciar un alma o una conciencia pura.

Las calumnias contra Nizan fueron desvirtuadas gracias al mismo Sartre, que con otros escritores jóvenes publicaron protestas y aclaraciones en toda la prensa de Francia. Fué una tarea noble y bastante laboriosa, porque los comunistas habían extendido su veneno por todas partes.

Ese incidente reveló a Sartre como un hombre capaz de lealtad y de justicia. A pesar de sus veleidades políticas, Sartre me ha dado siempre la impresión de un hombre ejemplar en muchos aspectos. Desde luego, un hombre superior a todas sus circunstancias profesionales. No es un "hombre de letras", sino un hombre cabal y no sólo de carne y hueso, como decía Unamuno (lo que no deja de ser una tontería), sino un hombre de conciencia insobornable, y de visión alerta. Aunque la sinceridad no representa gran cosa es una "entidad filosófica", no hay duda de que la parte moral de su filosofía es dramáticamente sincera. Lo que tiene especial importancia si recordamos que su obra conduce a una concepción ética del ser.

Es considerable la influencia de



Sartre en el pensamiento francés de nuestro tiempo y, como por ahora, Francia sigue siendo el proyector de las ideas nuevas en el resto del mundo, tampoco se podrá negar la influencia de Sartre en otras naciones y otros continentes. Nada más justo. Sartre supo encontrar la síntesis de la angustia humana que correspondió a los años inciertos del poderío fascista y que sigue correspondiendo a la sociedad de hoy frente a un porvenir incierto.

Sartre encontró esa actitud moral y mental a la que se ha dado el nombre de existencialismo. Siempre una escuela filosófica debe tener un nombre Absurdo o no, es el nombre que da Sartre a la definición del círculo vicioso

de sus ensayos se puede decir lo mismo. Sartre, a parte de sus cualidades de escritor, ha tenido una vida privada y pública admirable. Las dificultades del período de la ocupación alemana le permitieron poner a prueba su capacidad de heroísmo y de sacrificio. De todas las pruebas salió con las dos clases de victoria que podía satisfacer y compensar mejor su "angustia existencial". La victoria exterior, es decir social. Y la victoria interior, sobre sí mismo. Pero es lo que Sartre se preguntará, tal vez: ¿quién era el que triunfaba sobre mí mismo? Cuando se dice que somos más fuertes que nosotros mismos, ¿quién es ese que no es uno mismo sino más fuerte que uno mismo? Decimos "mi espíritu", "mi cuerpo", "mi alma", "mi conciencia". ¿Quién es el propietario de todas esas cosas que creíamos que era "yo", pero que sólo son las propiedades y los bienes del "yo"? Las respuestas no las dará nunca la filosofía, sino la poesía y la religión. O el silencio meditativo de esos campesinos analfabetos que ven pasar las sombras de la vida sentados a un lado del camino.

Sartre fué una adquisición escandalosa para los comunistas, pero lleva poco tiempo con ellos y en esa corta luna de miel las peleas, discusiones y malentendidos han sido frecuentes. Naturalmente, giran siempre en torno al eterno problema de las libertades. La libertad de acción, y sobre todo, de concepción y de expresión.

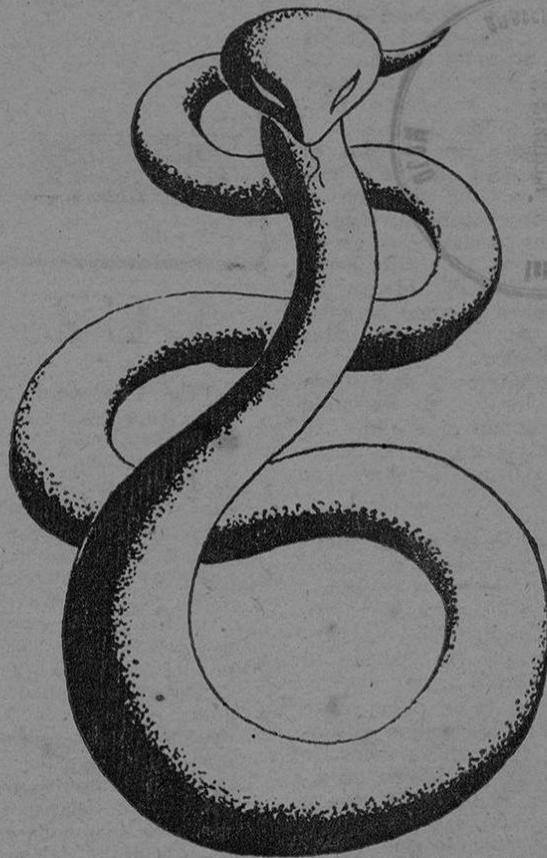
de sus ensayos se puede decir lo mismo.

Sartre, a parte de sus cualidades de escritor, ha tenido una vida privada y pública admirable. Las dificultades del período de la ocupación alemana le permitieron poner a prueba su capacidad de heroísmo y de sacrificio. De todas las pruebas salió con las dos clases de victoria que podía satisfacer y compensar mejor su "angustia existencial". La victoria exterior, es decir social. Y la victoria interior, sobre sí mismo. Pero es lo que Sartre se preguntará, tal vez: ¿quién era el que triunfaba sobre mí mismo? Cuando se dice que somos más fuertes que nosotros mismos, ¿quién es ese que no es uno mismo sino más fuerte que uno mismo? Decimos "mi espíritu", "mi cuerpo", "mi alma", "mi conciencia". ¿Quién es el propietario de todas esas cosas que creíamos que era "yo", pero que sólo son las propiedades y los bienes del "yo"? Las respuestas no las dará nunca la filosofía, sino la poesía y la religión. O el silencio meditativo de esos campesinos analfabetos que ven pasar las sombras de la vida sentados a un lado del camino.

Sartre fué una adquisición escandalosa para los comunistas, pero lleva poco tiempo con ellos y en esa corta luna de miel las peleas, discusiones y malentendidos han sido frecuentes. Naturalmente, giran siempre en torno al eterno problema de las libertades. La libertad de acción, y sobre todo, de concepción y de expresión.

Alain, el poeta francés de quien Sartre fué un día devoto (en sus tiempos de la Sorbona), escribió también sobre los problemas de la libertad. Todos sabemos que la salud sólo nos es perceptible cuando estamos en riesgo de perderla y particularmente cuando la hemos perdido. ¿Será esa experiencia —la de la percepción de la libertad— lo que llevó a Sartre al lado de los comunistas? Sin duda Sartre comienza a fatigarse, y si se puede profetizar algo cierto y seguro, es la ruptura violenta del gran escritor francés con sus dogmáticos compañeros de hoy. Tardará más o menos. Yo creo que no tardará más que el tiempo necesario para que Sartre se dé cuenta de la terrible mentira "dialéctica" que los comunistas representan en todos los planos en el pensamiento en la acción y hasta en la omisión. Hasta aquello que los comunistas dejan de hacer, es falso. Es falsa su abstención y es falsa su acción. Las víctimas son los hombres de buena fe. Aunque sean filósofos existencialistas.

Victor Hugo decía que los parnasianos y simbolistas, se embriagaban con la etiqueta de su botella antes de llegar al vino. Así sucedió a muchos jóvenes escritores con el existencialismo a lo ancho del mundo. Tal vez también le ha sucedido a Sartre con el comunismo. Esperemos que, al revés de lo que pasa con las bebidas espirituosas, esa embriaguez se desvanecerá cuando haya bebido el contenido de la botella. Para curarse de una enfermedad la manera clásica es esperar que la enfermedad alcance su punto cumbre y ayudarla a hacer crisis. El comunismo pasajero de Sartre ha brá sido dentro de poco un incidente y una experiencia más en la vida del filósofo. Tal vez la más elocuente y fructífera.



en el que la vida parecé habernos puesto desde que nacimos. Ese círculo vicioso lo ha percibido mucha gente antes de Sartre, y está presente no sólo en la obra de los filósofos alemanes y daneses de la última generación (lo que el mismo Sartre proclama), sino en casi todos los moralistas de la antigüedad en Grecia, Roma, Salamanca y en Francia misma. La

cialmente las novelas cortas como las tres que integran el volumen "Los caminos de la libertad" (1945), no tienen nada nuevo ni digno de especial atención, en cambio, sus obras dramáticas son de una perfección técnica asombrosa y de una densidad y fuerza emocional sin ejemplo en ninguna otra cultura moderna. De la limpidez y de la belleza persuasiva

## Nuestra Señora, la Muerte

Obra analizada: POEMAS DE AMOR Y MUERTE de Roberto Brenes Mesén. — 1944.

Paciente amigo:

En la segunda parte de este volumen de líricas, denso de belleza y de pensamiento, encontramos, a cada paso, la figura, imponente en su angustia, de la Muerte.

El Gran Reposo se impone ante el espíritu del Poeta. El misterio de la Muerte, el umbral invisible tras el cual vive el divino eterno olvido, se nos presenta en diversos momentos. Acá, en el tránsito último del inmenso Ricardo Wagner, Cósima, la musa-mujer, recuerda que el instante de la eterna partida es como el comienzo de otro amor en un mundo de armonía. Para ella, la Muerte es eso: armonía. No es desaparición. No es olvido.

Otra cámara mortuoria. Se escucha el silencio de la Voz. El silencio de las Musas. El silencio del Amor. Sólo calla el silencio de la Gloria. Empieza, ahora, a entonar himnos inolvidables. Ha muerto el grande Poeta germano, el evocador de la magia de Mefistófeles y de Fausto, de la ingenuidad de Margarita, de las angustias emocionales de Carlota y de Werther. Los senderos del Olimpo y los del Parnaso no tuvieron secreto alguno para él. Apolo mismo le enseñó a lanzar el dardo de oro de la fantasía. En su cuerpo mortal vivió un espíritu de inmortal estirpe.

Ahora callan todos los silencios. El de la Voz. El de las Musas. El del Amor. ¡Sólo se escucha vibrante el himno que entona la Gloria!

En un silencioso aposento la noche calla. Espera suspensa. Todavía alienta una frágil esperanza. Llega la pálida Segadora de energías. Se adueña del enfermo. Quiere triunfar en aquella alma. Es cierto que la Muerte es tan fuerte como el Amor. Sin embargo más fuerte que la Muerte es, sin duda, el Alma que es inmortal. La divina bella Muerte se acerca de puntillas. Ella sabe de los secretos de los Dioses. Y de las ansias de los Hombres. De éstos escoge los mejores: son aquellos que han buscado y han encontrado los senderos preferidos por los mismos Dioses. Ella es la hermana de los jóvenes. La siguieron siempre con alegría cuando Ella los llamó.

La muerte es un sueño que no sueña. Es un ensueño que tiene vida. Todo ello le recuerda la muerte del más perfecto de los educadores costarricenses. ¡Omar Dengo ha muerto! Ahora asciende hacia la cumbre. No reposa. El nunca supo de descanso. Selecciona, en el más allá, el grano de luz santa. Volverá al surco. Lanzará en él la simiente fecunda del Trigo de Mañana.

¡Morir! Dormir! Un alado espíritu traspuso en silencio el umbral de misterio de la Muerte. Fué un Poeta. Su alma era música. La tumba suya ha de ser también música. Luz vivió en su espíritu de privilegiada armonía. En la luz eterna vivirá su recuerdo envuelto en rimas y en ritmos. Rogelio Sotela se enamoró de un en sueño. Y en el sueño eterno quiso vivir desde entonces. Allí cantó, como cantó en la tierra, sus mejores líricas. Allí renace cada día, al conjuro de las almas que supieron admirarlo como hombre y como artista. Su mensaje ha de ser eterno. Será escuchado con cariño en todas partes, en cada momento, por los espíritus selectos.

Para el autor de este libro de profunda sabiduría y de belleza suma, la Muerte es como una meretriz. Pasa por la vida haciendo conquistas sin cuento. Nadie la corteja. Ha pasado el encanto de su adolescencia. Quien se atreva a besar aquella boca ha de pagar cara su osadía. ¡La Muerte es como una meretriz: sus besos matan; sus caricias enloquecen!

El desierto es una tumba. Hay en él soledad de angustia, silencio de muerte. Allí nada deja huella alguna. Sus arenas no saben de quietud. El viento las enloquece. No hay sombra en el desierto. Ni siquiera la de las aves intrahíquias. Como ese desierto sin trinos, sin huellas, sin sombras, es el desierto de la Muerte, sin esperanzas, sin oraciones. Sin embargo, es un sueño que no duerme ni descansa. Hay inquietud eterna en su eterna quietud.

Compara el Poeta la Muerte al Otoño en una lírica plenamente modernista... dibujan sus adioses en el aire las golondrinas migratorias... rojas tintas entre las hojas amarillas sangran su dolor de noviembre se han caído los trinos de las ramas que lloran, en silencio, un llanto de hojas... del cabello dorado de la tarde gotean los minutos... miro ahora la indecible amargura de la sombra...

La Muerte es un otoño incomparable, por el encanto que derrama. En ambos hay soledad. En ambos domina la quietud. El silencio se impone en ambos. Y para ambos existe una nueva vida. Para el Otoño, ha de llegar, tras el Invierno, la inquietá Primavera. Para la apacible Muerte, ha de venir la resurrección eterna, la Vida de las Vidas.

Se me ocurre ahora preguntar: — ¿Hay algo más amargo que la Muerte? — Sí, la Vida! — Y, en la Vida, qué es lo más amargo? — El Amor! — Y en el Amor, — El Olvido!

Con simpatía saluda al señor Director de LA REPUBLICA,

LUZ DEL ALBA



### ASI VISTEN ELLAS

Rosy

Beauregard

Mendoza

*Flor de la tar de hecha canción... Espiga de la gracia y la armonía... El instante es un lucero florecido por la magia desprendida de su ser... Rosy, rosa, rocío...*

(FOTO

SOLANO)



## LUZ Y SOMBRA

“En el tiempo en que Esquilo hacía representar su última tragedia, se afirma la exigencia de la perspectiva para los fines de la decoración escénica. Como atestigua Vitruvio, el pintor Agatarco, autor de la importante innovación, había llegado a componer un tratado sobre esta pintura en perspectiva. Semejante obra y la impresión causada en el público por la novedad de los efectos conseguidos, dando la ilusión de la profundidad, habrían inducido a Anaxágoras y a Demócrito al estudio de los problemas matemáticos de la perspectiva y de la expansión de los rayos en forma de conos en la proyección. Comiénzase entonces a estudiar, además de la estereometría, la proyección de

la luz y de la sombra; la idea del cono de sombra proyectado por los cuerpos opacos se va aplicando progresivamente a mayores magnitudes espaciales, hasta alcanzar la profundidad de los espacios etéreos, en la cual se proyectan los conos de sombra de la Tierra y de la Luna para la explicación de los eclipses. De esta suerte, un descubrimiento realizado en el arte pictórico provoca el viraje de la reflexión hacia la inmensidad de los espacios celestes y determina progresivamente una mayor amplitud en la visión del cosmos como consecuencia de una mayor conciencia de la enormidad de las distancias astronómicas”.

RODOLFO MONDOLFO

